Selección y Prólogo de
Pablo Brodsky

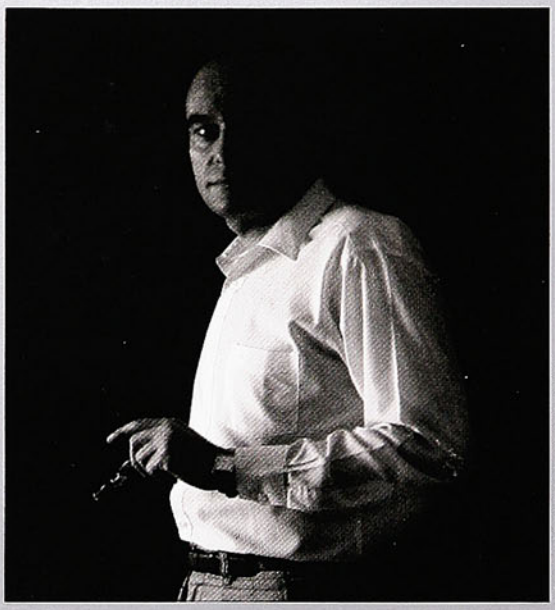
Correspondencia entre Juan Emar y Carmen Yáñez

(1957-1963)

CARTAS DE CARMEN

Editorial Cuarto Propio

DE CHILE
331
1
6



FOTOGRAFIA: ENRIQUE CERDA

Pablo Brodsky (1954) nació en Santiago, Chile.

Ha realizado un aporte importante en relación a la vida y obra de Juan Emar, publicando numerosos artículos en revistas y participando en homenajes, conferencias y charlas.

Publicó el libro *Antología esencial de Juan Emar* (Dolmen Ediciones, 1994) y el texto *Biografía para una obra*, incluido en la edición completa de *Umbral*, de Juan Emar (DIBAM, 1996). En 1997 editó el suplemento literario *J'en ai marre*, dedicado a Juan Emar.

En 1991 fue coeditor del suplemento literario *Tres años y un día*, dedicado al poeta Enrique Lihn.

Ese mismo año editó el libro *Un comic: E. Lihn / A. Jodorowsky.*

Otras obras de su autoría son *La zebra dormida* (poesía, 1981) y *Ammi* (poesía, 1984).

BBD 3866
BP. (5)
94/596-33)

CARTAS A CARMEN

Correspondencia entre Juan Emar y Carmen Yáñez (1955-1963)

DR

CARTAS A CARMEN

CORRESPONDENCIA ENTRE JUAN EMAR Y CARMEN YÁÑEZ

(1955-1963)

Prólogo, selección y notas de
Pablo Brodsky

EDITORIAL CUARTO PROPIO

202449

Cartas a Carmen
Correspondencia entre
Juan Emar y Carmen Yáñez (1955-1963)

© Pablo Brodsky
Inscripción Nº 106.702
I.S.B.N. 956-260-145-5

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

Diseño portada: Eugenia Prado
Composición: E.M.T. S.A.
Impresión: Dolmen Ediciones

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
1ª edición, diciembre de 1998

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

ÍNDICE

Introducción 9

Correspondencia 15

Una carta 85

INTRODUCCIÓN

«Yo me evadí, Bárbara, escondiéndome como un delincuente, con mi gran *Umbral* (...) ése de los mil papeles y notas en archivadores y clasificadores (...). Nadie iba a saber nada. Mi escondite consistía en 'no publicar, no, no publicar jamás hasta que otros, que yo no conociera, me publicaran sentados en las gradas de mi sepultura'».

Umbral, Tercer Pilar

Si a través de Guni, destinataria de *Umbral*, pudimos acceder a una obra inédita, a través de Carmen lo haremos a una intimidad que nos permite conocer algunas claves de aquella escritura, hasta hoy desconocidas.

En la primera carta compilada, remitida desde Cannes, su lugar de residencia desde 1953, Emar ya ha resuelto regresar a Chile. Un año después se instalará en Quintrilpe, al interior de Temuco, donde residirá durante los últimos ocho años de su vida. Acaba de cumplir sesenta y tres años y ha decidido abandonar definitivamente «el mundo y sus pompas vanas».

El fundo en el sur de Chile se le presentó como el lugar más adecuado a su propósito: dedicarse completamente a la escritura de *Umbral*. Baste mencionar que en la primera referencia que hace a su obra, en abril de 1956, escribía la página 2.159 y, en la última, en enero de 1963, en la página 5.083. Así, 3.000 páginas de escritura pasan a través de estas cartas, acercándonos a las referencias más personales de su autor.

En ellas resaltan algunos temas que preocupaban profun-

damente a Juan Emar. Es así como la defensa de su marginalidad, expuesta no sólo en su permanente rechazo a la publicación de lo que escribe sino, además, en el distanciamiento que asume respecto del «mundanal ruido», nos recuerda su desaparición voluntaria desde fines de la década del '30.

En efecto, después de la edición de sus cuatro libros, Juan Emar se aleja de la escena pública. Ya no imprimirá artículos divulgando las nuevas corrientes de pensamiento o sobre el nuevo arte vanguardista, ni entregará a las editoriales algún manuscrito para su publicación. A pesar de que formalmente inició *Umbral* en 1942, muchas de sus páginas ya habían sido escritas con anterioridad en «mil papeles y notas» que encontraron en esa *Carta a Guni* el formato adecuado para su instalación.

En lugar de publicar, Emar decidió escribir, entregándose por completo a la creación de un texto que fuese habitable para su autor y, a la vez, inaccesible para los otros: su voluntad inclaudicable de no editarla, su alejamiento de las modas literarias, su «morrocotuda» extensión y la creación de un destinatario como lector real o ficticio, hicieron de *Umbral* un lugar lo suficientemente seguro y distante como para no ser tocado, ni siquiera por el silencio de la crítica.

La necesidad de crear un cuerpo ajeno a toda mirada no tiene otro que la imposibilidad de diseccionarlo para exhibir trozos y muñones de una totalidad que no puede dividirse porque es un organismo que crece por expansión vital, como la propia vida ya que, por muy grande que sea el amor por lo escrito, Emar sabe que hay otro móvil, otra causa que origina su producción: «Este móvil es el deseo desenfrenado de liberarme de esta maldita tierra, de este mundo, de esta sociedad pequeña y ruin, donde sólo tienen cabida las bajezas, donde imperan la injusticia y la mediocridad, donde nunca se premia el verdadero valer, donde los prejuicios, cual redes, atan todo movimiento de libertad.» (*Amor*, 1924. Inédito). De este modo, *Umbral* es un texto que sólo se experimenta en el trabajo, en la producción,

porque su movimiento constitutivo es la travesía interior: la escritura no quiere dar cuenta de los resultados de su *estudio* sino que es *el estudio* mismo: Emar no escribe para los demás, escribe para sí.

Para el autor de *Umbral*, el género epistolar fue el vehículo que posibilitó su escritura, desplegándola más allá de todo lector: «No pienso publicar mientras yo viva. Después lo verán mis 'herederos'. No quiero ni me interesa la opinión de críticos ni de público» (28 de junio 1957). Tanquilidad y paz es lo único que anhela porque la finalidad de la escritura es el de «estudiarse, de investigar, de cultivarse»; tranquilidad y paz para lograr también el desapego de los prejuicios y llegar a saber «cuál es nuestro destino».

Aquella búsqueda de sentido a través de la escritura lo llevó a que esta dominara y condujera su destino. Pudo haber pasado años en una preparación oscura y anónima, pero la voluntad de trabajo no se extingue una vez que ha encontrado su hogar verdadero: «No es una CASA lo que a mí me hace falta; es sencillamente una pieza escritorio (...) que tuviese una sola puertecita. La gran PUERTA ya sabe usted donde se halla*. En su construcción trabajo todo el tiempo; ella es mi vida y es todo (...). Ni un solo papel se ha extraviado; ellos se amontonan y crecen cuanto pueden; yo, sobre ellos, con mis anteojos puestos y mi pluma fuente, mi lápiz y, sobre todo, mi máquina de escribir, trabajo y trabajo lo que un hombre puede trabajar» (11 de febrero 1963). La «Gran puerta» es la gran obra, su verdadera casa, a la que se entregó en cuerpo y alma, retomado en cada palabra una meditación de su arte para que esa palabra nueva sea la expresión de la búsqueda profunda que lo animaba, he allí el secreto del destino creador de Juan Emar.

En diciembre de 1959, sintió que algo se cristalizaba en él: «Un cambio, un franco cambio dentro de mí. ¿Cómo definírse-

---

* Emar pensó llamar *Puerta* la obra que hoy se conoce como *Umbral*.

lo? Yo diría: Un amor que aumenta a todo momento y, sobre todo, un despegue desde los resquemores, desde los odios, desde las preocupaciones que, antes, formaban parte integrante de nuestra vida (...). Entiéndame con pocas palabras: hay un cambio en mí, un cambio como usted sintió una vez. El aquí está SIN QUE YO HAGA NI EL MENOR ESFUERZO». A los sesenta y seis años, Emar reconoce como experiencia personal, más allá de su comprensión intelectual, la existencia del «segundo», término acuñado en el *Primer Pilar* por Lorenzo Angol para referirse a la totalidad, ya que para el protagonista de *Umbral* «toda la experiencia ya está en un segundo», entregándole una percepción ampliada hasta los límites del universo. Y hay aquí, también, un *cambio de página*, un cerrar algo y abrir (se a) lo nuevo. Porque es éste, precisamente, el momento en que termina el *Cuarto Pilar* e inicia *Dintel*, con la afirmación siguiente: «Allí quedamos; fuera del tiempo»*.

En *Dintel*, el narrador Onofre Borneo se interna en el centro de la Tierra para vivir la experiencia de la totalidad y de su autoaniquilación como doble de Juan Emar. El descenso a los infiernos tiene como objeto el encontrar otro estado de conciencia, «un estado sin la lógica que allá tenemos. Quería penetrar la logicidad de lo ilógico», según palabras de Florencio Naltagua, habitante de aquellas profundidades. Se trata, continúa Naltagua, de «entrar en un círculo de sentimientos y pensamientos que sea diferente al que me es habitual».

Krishnamurti y el budismo zen se suman a Ouspensky, Steiner y Heindel, lecturas nuevas que ayudan a cristalizar aquello que oscuramente se intuía. Emar sigue escribiendo, pero ahora «CON ALEGRIA Y SIN HACER ESFUERZO ALGUNO.

---

* *Umbral* se divide en 4 pilares y un dintel. El primer pilar se llama *Globo de Cristal* y tiene 7 tomos; el segundo se llama *El Canto del Chiquillo* y tiene un tomo; el tercero se llama *San Agustín de Tango* y tiene 6 tomos; el cuarto sin título tiene 2 tomos; y *Dintel* que tiene 5 tomos.

Esto es lo que he buscado siempre; esto es lo que dice Krishnamurti; esto es lo que se desprende de..., de... ¿De qué se desprende, Muhó? Creo yo que del HECHO DE VIVIR» (20 de febrero 1960). Así es como se interna en *Dintel*, dispuesto enteramente a recorrer los territorios vírgenes en los que se trasciende la esfera inmanente de la relación sujeto-objeto, uniéndose uno y otro en una entidad de *puro conocimiento*, un territorio donde el sistema dualista de pensamiento queda abolido y, de esta manera, poder alcanzar «la serenidad del DINTEL. Porque eso es lo que quiero; a ello voy, a ello voy...», exclama el narrador.

Estas cartas a Carmen nos hablan de un momento privilegiado de la escritura de *Umbral*, esa obra de la cual «nadie iba a saber nada», y nos dicen que el eterno extranjero, el inmigrante no ligado especialmente a ningún sitio, el que siempre estuvo en camino pero nunca en la meta, encontró su verdadero hogar en una cosmogonía textual que se iba construyendo en íntima relación con la vida de su autor.

CORRESPONDENCIA

Cannes,
Diciembre 16 de 1955

La Muhó[1]:

«Mucho tiempo..., etc.». Empiezo como es mi costumbre. Ahora hablemos de otras cosas:

He pensado mucho en usted; la he visto vivir. En usted se produce actualmente una evolución. He recordado lo que hemos hablado y he releído sus cartas. Todo ello quedaba flotando en mí, como quien diría, quedaba en espera. Esta espera duró hasta el día 14 de este mes, por la noche. Esa noche vi, mejor dicho, la vi a usted y, mejor dicho aún, vi la fuerza interna que en usted obra. Es una fuerza que tiene una finalidad. Como tal, como todo lo que lleva una finalidad, es dura, sumamente dura y larga para dar sus frutos.

Creo que en una de mis primeras cartas a Panamá[2] le decía que en mí se producía un cambio de fondo. Yo lo llamé «cambio»; era en realidad «un deseo de cambio». Creo ahora que él ha llegado. Puedo sintetizarlo diciendo que es «una marcha hacia el otro lado»; que es, en resumen, muy parecido a lo que usted ha sentido y se esfuerza por vivir. Estamos, pues, juntos[3].

Parto a Chile, como le he dicho, a bordo del *Vespucci*; al menos así lo espero. Cannes ya no me da más y en cambio el terruño me es un llamado permanente. Obedezco a él, a este llamado. Llegaré a Chile con poca, muy poca plata. Esto me

---

1 Apelativo de Carmen. Igualmente la llama Moroña, Moroñenta, Moro,etc.

2 Carmen vivió en Ciudad de Panamá desde 1953 hasta 1955, año en que decidió irse a Francia.

3 Carmen relata que «en el '55 yo dejé Panamá (...) y me fui a buscar el desapego, la serenidad, la dimensión interior, en fin, sueños del alma que son más difíciles de realizar (...); que fue, además, la búsqueda del Papo. Por eso había entre nosotros una complicidad, aún en la mirada».

produce un gran alivio[4]. Allá me dedicaré a escribir y pintar y sobre todo a seguir la marcha hacia la verdad. Estoy harto de las frivolidades del mundo. Un pequeño trozo de tierra es bastante para seguir adelante. ¡Para qué decirle que si usted un día se presenta por allá, será la bienvenida!

Moroña, escríbame dos palabras. Es necesario que mantengamos correspondencia. Créame que la abrazo de todo corazón.

Su, Papo.-

Carmen Yáñez en París, Francia. Mayo de 1956.

[4] La correspondencia que publicamos se inicia con la decisión de Emar de regresar a Chile, sin saber a ciencia cierta dónde vivirá ni cómo lo hará. Al respecto, Carmen dice que «desde 1955 a 1964 el Papo estuvo sin un centavo (...). Sus hermanas lo ayudaban cada una un poco, Cuco en Quintrilpe y yo estaba en Europa».

Cannes,
Enero 12 de 1956

La Muhó:

El día 9 recibí su carta del 5. He querido dejar entender con la palabra «ocultismo» lo que yo, personalmente, entiendo: la comprensión profunda de cualquier religión, sea ella la que sea. Es con esa palabra que diferencio a los verdaderos de la falsa religión, de los magos negros. Como usted ve se puede muy bien ser ocultista[5].

Aquí estoy en espera de mi viaje. Me falta el pasaporte. Pépèche[6] fue a Marsella con todos mis papeles, estuvo en una especie de Consulado y en él quedaron de mandármelo. Pero no hay nada hasta ahora. Seguiremos insistiendo. Si no lo tengo para el 24 tomaría el barco siguiente, el *Usodimare*, que sale de Génova el 10 de febrero para llegar a Valparaíso el 13 de marzo. De este modo tendría ocasión de volver a verla a usted y también a Mami[7] aquí en Cannes. En fin, se verá.

Pensando en usted copio aquí un Soneto del Renacimiento español, anónimo, que algunos atribuyen a Santa Teresa de Jesús. Apréndaselo de memoria, Moroña; recítelo en el silencio de las noches. Dice así:

No se mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

---

5 A lo largo de la presente edición, podrá verse que las referencias bibliográficas más permanentes de Emar corresponden a autores clasificados como ocultistas, místicos o esotéricos.

6 Se refiere a Alice de la Martinière, de nacionalidad francesa, con la cual Emar vivía en Cannes.

7 Se refiere a Mina Yáñez, primera esposa de Emar y madre de Carmen y Eliodoro. Mina estaba por llegar a Francia desde Chile para encontrarse con su hija Carmen.

Tú me mueves, Señor, muéveme al verte
Clavado en una cruz y encarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Es todo por hoy, Moroñenta. La espero y la esperamos con Mami. Ahora van aquí miles de abrazos y cosas peludas de un,

Papo.—

Herminia Yáñez (Mina) y Carmen Yáñez en París, Francia.
Agosto de 1956.

Cannes,
Enero 18 de 1956

La Muhó:

Es esta tal vez la última carta que le escribo. Llegó el pasaporte y tengo ya el boleto de mi pasaje: parto el día 24 de aquí de Cannes a bordo del *Vespucci* para llegar a Valparaíso el 21 de febrero.

Moroña: Estoy triste al irme, estoy muy nervioso. Quisiera abrazarla eternamente. ¡Llegue a Chile algún día! Aquí es mejor que no nos veamos. Como le dije, temo y odio las despedidas. Allá me encontraré con Cuco y su familia[8] y con las

Clarita y Pilar, hijas mellizas de Juan Emar y Gabriela Rivadeneira.

8 Se refiere a su hijo Eliodoro, casado con Clarisa Arrieta y a la hija de ambos, Magdalena.

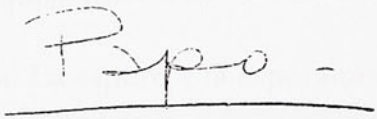
Niñitas[9]. A todos les daré espléndidas noticias suyas.

De Mami nada hemos sabido hasta ahora. Esperemos esté en España.

¿Cuándo terminarán mis viajes, este ir y venir por el mundo?[10]. Hoy día sólo deseo paz para terminar mi vida en el trabajo: pintar y escribir mucho. ¡¡Necesito también a mis hijos!! Por eso la abrazo y la abrazo sin fin esperando tenerla pronto junto a mí y no separarnos más.

¡Adios Moroñenta! Todo yo con usted.

Suyo su,



[9] Se refiere a las hijas de su segundo matrimonio con Gabriela Rivadeneira Rodríguez: Marcela, Pilar y Clarita.

[10] Al hacer una recapitulación de los viajes de Emar desde 1910, año de su primer viaje a Europa, hasta 1956, año de su regreso definitivo a Chile, veremos que cruzó el Atlántico por lo menos 7 veces, con largas estadías en Europa, ya sea en París o en Cannes.

Santiago, abril 22 de 1956

La Muhó:

(...) Mañana hará justamente dos meses que estoy en Chile. Hice un viaje de 30 días, extremadamente lento, en un camarote con 3 pasajeros más pero con una espléndida comida. (...) A todo el mundo lo he encontrado muy bien: tío Lucho, Henriette, Paico, Nana, Cotapos, Neruda, Víctor, Lila, etc. y etc. He ido también a casa de la Lilí, una casa inmensa y llena de salones; donde Eduardo Barrios; a Melipilla a ver la fábrica de helados de Cuco y su cuñado Vinicio Benavides; veo a menudo a Verónica y a Juan Pablo; a Venturelli y su mujer; a Edmond; a Elena Yáñez; a Tito y Regina; a Nieves Yanko; Lili Garáfulich; Nemesio Antúnez; y otra vez etc. y etc. Todo el mundo me ha convidado a comer y almorzar. En fin, Moroña, gente amable y cariñosa.

Abril 23:

(...) Sigo escribiendo bastante; ya voy en la página 2.159[11] También leo lo más posible: Valbuena, «Historia de la literatura española»; Künkel, «Del yo al nosotros»; Marcel Brion, «Leonardo de Vinci», y policiales para distraerme. No he empezado a pintar porque me falta el espacio para ello. Proyectos: Cuco ha recibido la oferta de una administración campestre, en Temuco; si la acepta me iría a vivir con él, viniendo a Santiago de cuando en cuando. El proyecto me es tentador, sobre todo para la pintura y, claro está, para la literatura. Veremos qué resulta de ello.

Bueno, Moroñenta, ¡la espero y la espero! Pero no se precipite; haga las cosas con su criterio. Ahora, m'hija, la abrazo largamente guardando la esperanza de hacerlo de verdad algún día.

Suyo siempre, su

Papo.

---

[11] Se refiere a *Umbral*, obra iniciada en 1942 y que, al momento de estas cartas, estaba escribiendo. Ver *Umbral*, Colección Escritores de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago, Chile, 1996.

Santiago,
Junio 25 de 1956

La Muhó:

(...) Yo sigo aquí en «el Chilecito» con altas y bajas. El día 22 tuvimos una mala noticia: murió José Perotti, gran amigo mío y de todos nosotros y Director de la Escuela de Artes Aplicadas; ayer 24 fueron sus funerales con un gentío inmenso y muchos discursos[12]. Me acordé mucho de usted y me dije: «Paix, Force et Joie». Ahora Perotti duerme en la paz. En el cementerio estuve un momento frente a la tumba de mis padres, sus abuelitos, de mis hermanas muertas tan jóvenes[13], de las hijas de tía Florita[14] y de la Melania[15]. Otra vez tengo que repetirme: «Paz, Fuerza y Alegría». Y pasemos a otras cosas. #El Cucaracho Cli[16] está en este momento en Temuco, adonde fue, con Alfredo Riesco-dueño del fundo Quintrilpe- a imponerse de las condiciones de la administración de dicho fundo (...). #«Quintrilpe» quiere decir: Estero apto para bogar, o remar. Así lo define el libro «La voz de Arauco», del Padre Wilheim de Moesbach, que aquí tengo a mano (...) #Sobre lectura: me he comprado dos libros de Uspensky[17]: «En busca de lo milagroso» y «Un nuevo modelo

---

12 José Perotti, pintor chileno que formó parte del Grupo Montparnasse.

13 Se refiere a Inés, Rebeca y Elena Yáñez Bianchi, hermanas menores de Juan Emar y fallecidas a los pocos meses de haber nacido. Emar no menciona a Lolito, su hermano mayor fallecido a los 6 años aproximadamente, y cuyo verdadero nombre era Eliodoro.

14 Se refiere a Luz y Sonia Echeverría Yáñez, fallecidas a los pocos meses de haber nacido.

15 Se refiere a Melania García Orellana, fallecida el 13 de agosto de 1946, quien era la «nana gorda y sensual» nombrada en el diaporama «De Pilo a Juan Emar».

16 Apelativo de su hijo Eliodoro.

17 Petr Demianocic Ouspensky (1878-1947), también es autor de *Tertium Organum y Una extraña vida de Iván Osokin*, publicadas, al igual que *Un nuevo modelo del Universo*, por Ediciones Sol, México, 1950.

del Universo». Estoy aún con el primero que es francamente admirable. Todas las noches, antes de dormir, leo algunas páginas y las medito. Uspensky es admirable (...) #Y no veo más. ¡Moroña, Moroña, la espero pero no se apresure! ¡Tiempo hay! Haga todas sus cosas con calma. Siempre unido a usted en pensamiento la abrazo eternamente, mi Moroña. #Suyo,

Papo.-

Eliodoro Yáñez, hermano mayor de Juan Emar
fallecido tempranamente.

Santiago, septiembre 11 de 1956

La Muhó:

(...) No se puede imaginar, Moroña, cómo la recuerdo y cuánto me gustaría saber sobre su marcha en los nuevos senderos de Lanza del Vasto[18]. Se lo pregunto y pregunto a sus retratos; ellos me miran, sonríen y nada me dicen. Les inquiero, entonces, por su regreso a Chile: el mismo resultado, nuevas sonrisas y ¡silencio!. Interpreto esas sonrisas como el anuncio de su carta que viene en viaje y quedo feliz. #Yo he estado, este último tiempo, muy decaído, sin motivo alguno pues todo marcha aquí como es debido. Es, sin embargo, así. Esto me ha inducido a consultar a Pito (Guillermo Rivadeneira) quien vendrá mañana a casa (...) #Aquí el gran tema de actualidad –y que ya va pasando– es el planeta vecino Marte que, como usted sabrá, en la noche del 6 al 7 de este mes tuvo la buena idea de acercarse lo más posible a la Tierra, o sea, a una distancia de 57 millones de kilómetros en vez de los 380 millones que es su distancia máxima. Todas las noches me he asomado y lo he mirado: un lindo y enorme punto brillante rojizo (...) Esto me ha hecho leer y releer mucho sobre astronomía. Es algo interesantísimo y casi enloquecedor: piense en nuestra Tierra y piense que Júpiter tiene un diámetro más de 10 veces mayor, y nuestro centro, el Sol, es 10 veces mayor que Júpiter. Todo esto no es nada pues el Sol con sus 9 planetas es un puntito y nada más en esta inmensa inmensidad que es la Vía Láctea. Y esto tampoco es nada pues la constelación de Andrómeda, con sus 3.500 soles, se encuentra a

---

[18] Carmen vivía en una comunidad que Lanza del Vasto había formado en Francia, de quien Pierre de Boisdeffre dice: «Limitar la obra de Lanza del Vasto a la actividad de un poeta es, sin duda, medir mezquinamente la influencia de una personalidad comparable a la de Simone Weil o de un Gandhi ...». *Historia viva de la literatura francesa de hoy.* Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1960. También se le conoce como Shantidas, nombre que le dio Gandhi y que significa Servidor de la Paz.

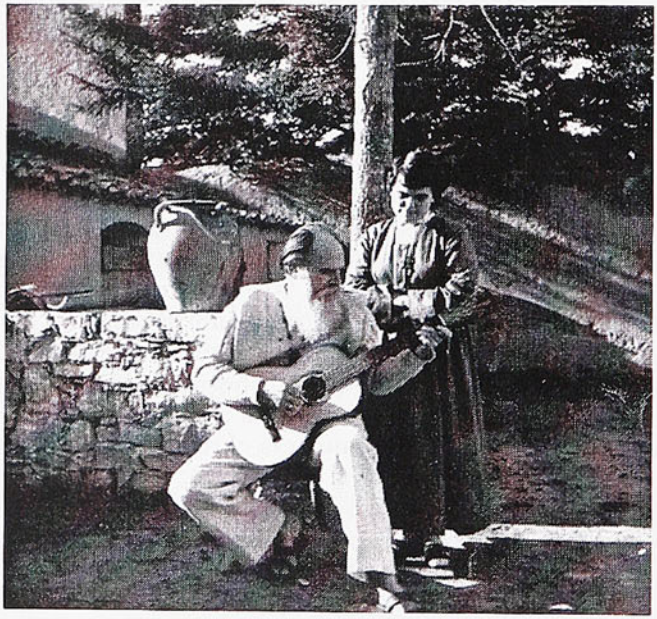
800.000 años luz de nosotros... En fin, Moroñenta, es para volverse loco así es que hablemos de otras cosas. #¿No cree usted mejor hablar de Quintrilpe? (...) Yo partiré en octubre. Me imagino las casas de ese fundo en medio de la soledad cordillerana. Llevo muchos libros: Uspensky, Guaita, Steiner, León Denis, Max Heindel, Jules Bois, etc. Llevo papeles y apuntes para escribir; llevaré colores y telas para pintar. Felizmente el verano se acerca porque el clima es allá, en el sur, sumamente rudo (...).

Septiembre 13.- Ayer vino Pito a verme. Conversamos largo rato. Va a volver el 21 y empezaré entonces un tratamiento a base de hipnosis que bien puede durar un mes o más[19]. En fin, ¡ya veremos! (...) Moroñentilla, ¡yo la quiero y la adoro! Suyo eternamente su,

Papo.-

---

[19] Guillermo Rivadeneira era médico psiquiatra. El mal que padecía Emar, que él mismo llama neurastemia [*sic*], hoy se conoce como maníaco-depresión, que lo llevaba tanto a estados depresivos como eufóricos sin causa aparente. Según el *Diccionario de la Lengua Española*, neurastenia es un «conjunto de estados nerviosos, mal definidos, caracterizado por síntomas muy diversos, entre los que son constantes la tristeza, el cansancio, el temor y la emotividad». Al respecto, Carmen confiesa que «las depresiones de Juan Emar eran sin hablar, pasaba al lado de nosotros y mugía como una vaca, sacaba su angustia interior con mugidos y no decía una palabra». Asimismo, su hermana María Flora Yáñez lo describe como una persona que creaba a su alrededor «un clima que nacía de su estado de ánimo y que era el reflejo de una negra apatía o de una exaltación comunicativa. Alto y flaco, con un rostro color cetrino, de frente desmesurada y oscuros ojos, semejaba un extraño en casi todos los sitios y parecía vengarse de tal inadaptación mostrándose taciturno o agresivo». *Comarca perdida*, de María Flora Yáñez, pp. 73-74. Joaquín Almendros Editor. Cuarta edición, 1971. Argentina. Ver también la definición que Emar le da a su enfermedad en la carta del 16 de marzo de 1959, publicada en este volumen.



Carmen Yáñez y Lanza del Vasto en la Comunidad del Arca, en Francia.

Quintrilpe,
Diciembre 1º de 1956

La Muhó:

¡Por fin le escribo desde Quintrilpe! El día 13 del mes pasado cumplí mis 63 años y me dije: «¡Basta del mundo y sus pompas vanas!»[20]. Así, pues, al día siguiente, 14, tomé en Los Cerrillos el avión y tres horas después llegaba a Temuco habiendo hecho una escala en Concepción. Aterrizamos y lo primero que veo es a Cuco, vestido de huaso. Grandes saludos. Tomamos la camioneta y nos vinimos a este fundo; más o menos una hora de viaje (...)

EL CAMPO: Es maravilloso. Imagínese inmensos lomajes con todos los verdes imaginables y en ellos árboles y bosques. El río Collín y más lejos el Cautín corren por entre ellos. Hay una gran paz que no es perturbada más que por ladridos de perros. Le mando unas tarjetas postales: tres de ellas son de araucanos o mapuches que los hay a montones por aquí; las mujeres van siempre vestidas a su usanza, en cambio los hombres sólo a veces se visten como el que usted podrá ver ahí; las otras tres son de vistas de los campos: el río Cautín, troncos quemados y un sitio con rucas indias. Cuanto a las casas, son espléndidas: todas de madera, con un inmenso living, con salas de baño y agua caliente día y noche. Cuco y Clarisa tienen una pieza grande e iluminada; yo, lo mismo. La mía la estoy arreglando: he puesto en las murallas fotografías (...), he puesto además reproducciones de cuadros y dibujos y cuadros míos. En fin, todo lo verá usted cuando venga (...).

YO: Aquí estoy, doña Moroñenta. Todavía no he empezado a pintar ni a escribir. El arreglo de mis papeles y libros y etc. me quita el tiempo. Falta aún acomodar el caballete. Pero espero que la ya semana próxima estaré de lleno en mi labor. He llegado aquí extremadamente nervioso e inquieto como si algo ex-

[20] Juan Emar nació el 13 de noviembre de 1893.

traño y nebuloso me persiguiera. Ahora, y poco a poco, eso extraño se va alejando y yo voy recobrando la tranquilidad. Naturalmente que los días de Santiago me tuvieron que hacer mucho mal: una ciudad enorme y bulliciosa y mal organizada. Los amigos, y la gente en general, atareada en ganarse los $ para comer y todos peleados entre ellos... ¡No, Moroña, aquí se está mejor y cuando usted llegue será –lo repito– la gloria!. Me hace, la ciudad de Stgo., pensar en la vida de U.S.A.: agitarse, correr, estar de malas y ... divertirse hablando tonterías y tomando cocteles!

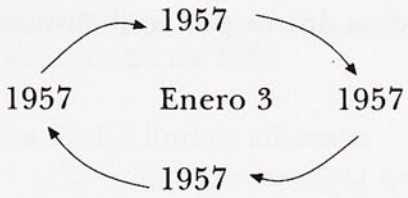
Le he dicho: «cuando usted llegue...». ¿Cuándo será ello? Piense en una cosa, Moroña: Con sus nuevas actividades, y en compañia de la Mami, tendrá mucho que hacer aquí, tendrá gente que ayudar y con las que podrá conversar largo y, al fondo –no lo olvide– tendrá la gran iglesia.

Aquí mucho se habló de la guerra también: Suez, Hungría, Hungría y Suez y Noráfrica y etc. y etc. Yo nunca creí en una «guerra». ¿Me entiende, Moroña? Piense, no más, en el átomo y en la bomba H y etc. Una guerra actualmente sería la destrucción total, sí, total (...) Pero creo, sí, en pequeñas guerras, como las actuales, a las que se les pondría el átomo como fantasma. De todos modos el panorama para el futuro no es halagador. Otra vez le repito, Moroña: aquí, estando más lejos del foco, aquí en Sudamérica, estaríamos mejor.

Ahora ya estamos a 2 de diciembre; ya hemos almorzado y brilla el sol (...) Después saldremos en la camioneta a hacer un paseo. Durante él la tendré muy presente a usted; miraremos juntos cuanto se vea, juntos pasaremos entre los bosques y juntos contemplaremos las vastas llanuras. Entre tanto reciba miles y millones de cosas peludas de este viejo

¡¡que la adora!!

Papo.—



La Muhó:

Creo que con sólo ver la fecha, y cómo ella está escrita y compuesta, se dará usted cuenta de los votos de felicidad que esta carta les lleva, tanto a usted como a la Mami, al comenzar este año de 1957 (...).

Paseos: (...) El día 23 de diciembre: fiesta en la Escuela de Quintrilpe con discursos, repartición de premios, comedias, cantos y demás. De pronto todos los niños reunidos entonan la Canción Nacional y luego ¡la Marsellesa! Imagínese lo que es oir la Marsellesa en medio de las soledades que nos rodean, entre lomas y selvas por todos lados (...).

Día 30: Hicimos un paseo en camioneta manejada por Cuco. Fuimos a las cercanías del volcán Llaima, a un refugio muy confortable y después de admirar la vista fuimos a la Laguna del Quepe. Es ésta de una naturaleza dantesca. Imagínese, doña Moroña, una gran laguna tranquila rodeada de cerros y, en estos cerros, bosques y más bosques de troncos pelados; todo esto hasta pérdida de vista. Había en ella una tranquilidad y una paz asombrosas. Estos troncos son restos de antiguas selvas que la codicia de los propietarios agrícolas les hizo prender fuego no quedando ahora más que esos troncos y troncos hasta el infinito. Quedó, como le digo, algo dantesco, algo indescriptible en su enorme grandiosidad.

Ayer, 2 de enero, pinté mucho y hoy le escribo a doña Moroña doña (...) Ahora pienso pintar otro poco asi es que termino esta carta deseándole ocho millones quinientos mil montones de las cosas más peludas que haya tanto aquí en Chile como

allá en Francia y reiterándole nuestros deseos por verla pronto en estos lados.

¡Adios, Moroñenta mujer!

Suyo siempre,

Pepe -

Carmen Yáñez en 1924.

Quintrilpe,
Febrero 24 de 1957

La Muhó linda y adorada:

(...) Veo por su carta que sabe usted de la exposición que Pépèche me ha hecho en Niza. He tenido noticias de ella con recortes de diarios en los que hablan muy bien de mis cuadros. ¡Es una gran gracia haber hecho esto![21].

Yo sigo pintando y pintando aunque ahora estoy muy nervioso sin tener causa ninguna. Pero es el caso que apenas me soporto a mí mismo. En fin, ¡ya pasará!

Me alegro lo que me dice de Lanza del Vasto, que tal vez venga a Chile. Si pudiéramos lo traeríamos a Quintrilpe. Pero el clima y la distancia son cosas que no se pueden solucionar.

Moroñenta Peluda: le repito que estoy muy nervioso e inquieto. Apenas me calme y vuelva a la razón le escribiré más largo y noticioso.

M'hijita Moroña créame que la quiero con todo el corazón, que mucho la echamos de menos en estas tierras y que todos los días les enviamos, tanto a usted como a la Mami, nuestros más fervientes cariños.

¡¡La adoro!!

Su,

Papo..

---

21 La exposición de las pinturas de Emar se realizó en la Boutique d'Art du Negresco, entre el 18 de enero y el 3 de febrero de 1957. Los artículos a los que se refiere son «Alvaro Yáñez, peintre chilien, expose à Nice la lumière de son pays», de Francis Rico, aparecido en L'Espoir el 18 de enero de 1957, y «Alvaro Yáñez à la boutique d'art à Nice», de Fernand D'Artiguez, publicado en Cannes Midi el 2 de enero de 1957. Cabe señalar que Emar siempre firmó sus cuadros como Alvaro Yáñez.

Alice de la Martinière, Pépèche, durante la exposición de Juan Emar en Niza. 1957.

Quintrilpe,
Junio 28 de 1957

La Muhó:

¡Esperando carta suya, esperando y esperando! Como ella no llega me resuelvo a escribirle yo (...).

A mediados de marzo fuimos con Cuco a Santiago (...). Donde el tío Lucho se habló mucho de pintura y de todos los temas imaginables. Yo, allá, me leí un libro sobre Santa Rosa de Lima, de Leopoldo Marechal, muy interesante; habla de la vida en Lima por los años de 1590 y de la vida de ella.

El 2 de abril vino la pelotera de los estudiantes a la que se metió el pueblo también. Total: pedradas, postes del alumbrado por el suelo, vitrinas rotas y demás. Movilización suspendida. Se formó un estado de sitio con tropas en las calles y corrieron balas y más balas. Pero el 4 nosotros nos reembarcamos en un avión y: trrrrrrr ... nos vinimos a Temuco en dos horas.

Y ahora estamos en pleno invierno. El clima de aquí es igual al de la Côte d'Azur; parece calcado al de Cannes y Niza. Claro está que este clima es considerado aquí como el del polo Sur y allá, este mismo clima es considerado como una eterna primavera. Esto es porque la gente compara todo con sus capitales: aquí con Santiago y allá con París; entonces la gente aquí se entume y allá se sofoca y nadie ve que la temperatura no ha cambiado... Moroñenta, la estulticie humana no tiene límites...

Yo sigo escribiendo mucho: voy en mi libro «Umbral» en la pag. 2.407 y tengo todavía para otras tantas páginas. No pienso publicar mientras yo viva. Después lo verán mis «herederos». No quiero ni me interesa la opinión de críticos ni de público. Quiero tranquilidad y mucha paz. ¿No le parece a usted? En pintura sigo pintando a todo momento y, sobre todo, sigo buscando por diferentes sendas. Lo que pinto lo mando, por inter-

medio del tío Lucho[22], a Pépèche para que ella los exponga allá en Francia y otros países[23].

Y de libros, ¿qué me cuenta? ¿Lee mucho o poquito o nada? Yo me he leído a Ouspensky: «En busca de lo milagroso» y «Un nuevo modelo del universo» fuera de «Tertium organum» que ya había leído. Son todos ellos francamente interesantes. Si los encontrara usted no deje de leerlos. Ahora estoy leyendo «El desarrollo de la luz», de Rodney Collin, un amigo y discípulo de Ouspensky[24]. Es éste un libro que a mí me gusta muchísimo; habla desde las nebulosas y galaxias hasta los átomos y protones; tal vez a usted le interese menos porque es bastante complicado; pero a mí ¡me encanta! Esto lo mezclo con novelas policiales y así el tiempo pasa y pasa (...).

Bueno, doña Moroñenta, salude y salude a la Mami, a Lanza del Vasto y a todos sus conocidos; escríbame contándome lo que hace y lo que piensa hacer. Mientras tanto reciba 4.444.444 cosas muy, muy peludas de este viejo

que la adora!!

Papo.-

---

22 Se refiere a Luis Vargas Rosas, miembro del Grupo Montparnasse y Director del Museo Nacional de Bellas Artes entre 1946 y 1968. Ver carta del 22 de abril de 1956.

23 En realidad, sólo existió una exposición, la realizada en Niza.

24 Rodney Collin nació en 1909. Tradujo al español para Ediciones Sol, de México, las obras de Ouspensky. Entre sus numerosos libros se cuentan *Teoría de la influencia celestial* y *Hombre, universo y misterio cósmico.* Murió en 1956.

Quintrilpe,
Febrero 9 de 1958

La Muhó:

Fuí a Santiago el 28 de diciembre y he vuelto el 4 de febrero. Al llegar me encontré con una carta suya de fecha 12 de enero, es decir, me encontré con una gran felicidad (...).

En realidad fuí a Stgo. a ver a las Niñitas. Dos de ellas van a casarse: Marcela y Clarita. Cuanto a Pilar, ¡ya se casará! (...).

Viven las Niñitas con Gabi en El Arrayán[25], en los alrededores de Stgo., en una casa grande y más bien moderna, con jardín, con bonitos árboles y linda vista. Allí pasé el primer tiempo de mi estadía en la capital. Después me fuí a S. Juan de Pirque, donde mi gran amigo Luis Cuevas Mackenna[26]. Fueron días muy agradables con mucha gente que allá llega. Dos veces fuí al cine a ver películas francesas de Brigitte Bardot que, como films, no valen gran cosa pero ella es muy simpática. Donde Lucho Vargas no pude ir a alojarme porque están en arreglos del taller con todas las cosas patas arriba; un día que almorcé con ellos, Henriette almorzó colgada de un caballete, Lucho debajo de la mesa y yo adentro de un ropero. Pero, en fin, se comió debidamente en medio de 44 gatos que se metían adentro de los platos[27]. Y el día 4, como le dije, ¡avión y Quintrilpe! (...).

¿Y yo, doña Moroña doña? Yo aquí estoy pensando mucho en usted y deseoso de verla y de conversar largo sobre sus nuevas ideas; pero si aún no ha llegado el tiempo de regresar, no lo haga y quédese allá cuanto tiempo crea usted necesario. Estas fechas que cambian una vida sólo puede fijarlas la propia conciencia. Fuera de pensar en usted escribo bastante; ya voy en la

---

25 Se refiere a Gabriela Rivadeneira Rodríguez, segunda esposa de Emar.

26 Se trata de Paico Cuevas. Ver carta del 22 de abril de 1956.

27 Henriette Petit era miembro del Grupo Montparnasse y esposa de Luis Vargas Rosas.

página 2.566, a máquina y en papel como éste en que le escribo y sin espacio entre líneas lo que hace, más o menos, 1 página 1/4 de un libro corriente, o sea que las 2.566 mías son aproximadamente unas 3.208 de libro. Además pinto bastante. Cuando fuí a Stgo. le mandé a Pépèche un cajoncito en el que iban 46 cartones de los cuales 24 grandes y 22 chicos; fuera de esto le regalé uno a cada una de las Niñitas y otro a Lucho Vargas; total: 50 cartones. Todos son pintados a la gouache[28]. Ahora hay que esperar para ver qué resulta de ellos allá en Francia. A mí me interesa extremadamente poco el éxito o no éxito que puedan tener. Yo pinto como una disciplina, como un deber que me impone ... ¿quién o qué? No lo sé pero ahora mismo –mejor dicho, mañana– me pondré a pintar nuevamente.

De lectura: en Stgo. fuí a la librería Pax y compré un libro de Steiner, «El impulso del Cristo y la conciencia del yo»[29]; Moroña, se lo recomiendo; sé que a usted le gustará mucho. También compré otro de Amadou, «El ocultismo» y otro de Maurice Nicoll, «El nuevo hombre»[30]. Estos no los he leído aún. Y, naturalmente, mis ¡novelas policiales! (...).

Y no veo nada más que contarle, doña Moroña doña. Dele mis buenos y cariñosos saludos a la Mami. Usted reciba, junto con todo el amor mío, setecientos millones de cosas peludísimas.

Suyo siempre un

Pepe.-

---

28 Término conocido como «aguada», es decir, pintura hecha con colores disueltos en agua. Ver carta del 21 de junio de 1960.

29 Rudolf Steiner nació en 1861. Autor de más de 40 libros sobre educación, medicina, agricultura, vida social, ciencia y arte. Iniciador de la educación Waldorf. Murió en 1925.

30 Maurice Nicoll nació en 1884. Discípulo de Gurdjieff y de Ouspensky. Entre otras obras publicó *Comentarios psicológicos de la enseñanza de G.I. Gurdjieff y P.D. Ouspensky.* Murió en 1953.

Quintrilpe,
Abril 27 de 1958

La Muhó:

El día 22 recibí su carta de fecha 15 de abril. Moroñenta: ¡gracias y mil gracias! ¡Linda su carta! (...).

Noticias de Stgo. casi no tengo: recibí carta de Camilo[31] en la que me habla de su estadía allá y de ustedes también; he recibido cartas de la tía Florita pidiéndome un cuento mío para una antología que va a publicar[32]; y eso es todo. El resto no escribe.

En mi trabajo sigo y sigo con entusiasmo y con fe. Voy ya en la página 2.691. No pienso publicar hasta después de haberme ido de aquí. El mundo literario es una porquería peor que la de los peores glotones. Hay que ver ¡cómo se pelean y se escupen!. ¿Dónde está el silencio y la paz? Lo han olvidado, se ha olvidado. Por lo mismo, pues, ¡volvamos al silencio y a la paz!

De lecturas: Sigo siempre, y lleno de entusiasmo, con los libros de Ouspensky y también con los de su discípulo Maurice Nicoll. En ellos se trata principalmente del «tiempo». Es algo dificilísimo pero de todo interés. Leo como puedo y donde puedo a Lao-tseu[33] que me gusta como pocos. El otro día compré en Temuco «Diccionario de las Ciencias Ocultas» que, como consulta, está muy bien. Siempre ¡Guaita![34].

---

31 Se refiere a Camilo Mori, pintor que perteneció al Grupo Montparnasse y Premio Nacional de Arte en 1950.

32 Se refiere a la *Antología del cuento chileno moderno*, publicado por Editorial del Pacífico en 1958. Para ese entonces, María Flora Yáñez tenía varios libros a su haber, entre los que se cuentan *Otra Comarca* (1947), *La piedra* (1952) y *Juan Estrella* (1954).

33 También conocido como Lao-Tsé (siglo V a. de J.C.), autor del Tao Te King, es el fundador del misticismo taoísta.

34 Stalisnas de Guaita nació en 1861. Fue llamado por sus contemporáneos, El príncipe de la Rosa Cruz. Publicó, entre otros, *El templo de Satanás* y los libros de poesía *La rusa negra* y *Rosa mística*. En 1888 fundó la Orden Cabalística de la de la Rosa Cruz. Murió en 1897.

Bueno, doña Moroña doña, van aquí:

999.999.999.999.999.999.999.999.999.999.999.999.999 de besos y abrazos a cual de todos más peludo. Repártalos entre toda la gente amiga y guárdese los mejores para usted.

¡¡Adios!!

Quintrilpe,
Junio 19 de 1958

La Muhó:

¡Mucho, muchísimo tiempo sin escribirle!. Mi última carta fue de fecha 27 de abril; en ella le contestaba la suya de fecha 15 de abril (...).

De usted, la carta 15 abril es la última, es decir, llevamos ya más de dos meses sin noticias. ¡Estamos iguales!. Entonces sigamos escribiendo y contándonos cosas.

Pero, ¿qué cosas? La vida sigue su curso sin variaciones de ninguna especie. Ya estamos en invierno y hace un frío respetable. ¡Las envidio a ustedes allá en pleno calor! Yo me he puesto, con estos años que tengo, pésimamente malo para el frío, no resisto la temperatura baja y tengo que pasar de cabeza en las estufas (...).

¿Le gusta la música a doña Moroña?. Si la respuesta es «sí» le recomiendo un disco de Maurice Ravel, «Concierto para la mano izquierda». ¡Oigalo, Moroñenta! Oyéndolo usted podremos conversar muchísimo.

Después de muchas cavilaciones he resuelto poner como nombre de autor a lo que escribo: JUAN EMAR. Suprimo, pues, completamente el de Alvaro Yáñez; encuentro que en éste hay muchos acentos (') y muchas ñ (me carga el palito sobre la n

para un nombre aunque lo hallo mejor que «gn» francesa e italiana). Además con el nombre de Juan Emar ya he publicado y escribí en La Nación[35].

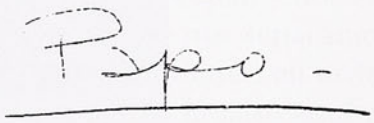
El 13 de mayo cumplí 64 años 1/2 ..... ¡Qué vejez! (...).

De lecturas: He leído «Le Yoga de l'occident», de Kerneiz; también leo «Tertium Organum» de Ouspensky; «Satanismo y Magia», de Jules Bois[36]; releo siempre, a picotazos, «La Iniciación», de Steiner; etc., etc.

La tía Florita va a publicar una «Antología» de cuentos chilenos. Para eso le mandé, a pedido de ella, una doble copia de mi cuento «Pibesa»[37]; además una serie de datos biográficos (...).

¿Y qué más, doña Moroñenta? Creo haberle hecho un resumen de todo lo que ocurre por estos mundos. Ahora quedo en espera de una enorme, de una inmensa carta suya contándome de todas sus actividades. Ellas me interesan muchísimo, Moroña, asi es que no deje de escribirme todo lo que le pase por la cabeza. Abrace a la Mami. Abrace también a todos sus amigos y amigas a nombre de estos tan lejanos campesinos temucanos. Usted, mi linda, reciba todos los abrazos que sea posible de un,

viejo que la adora con todo,
todo el corazón.



---

35 Ver diario *La Nación*, Notas deArte, 1923-1925.

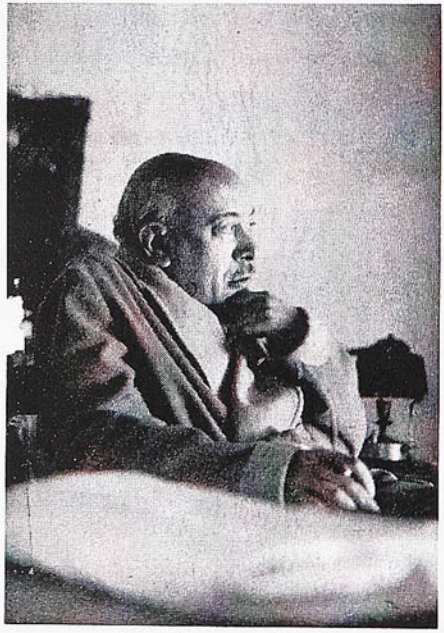
36 Jules Bois, autor francés de numerosas obras, entre las que se cuentan *L'Av-delà et les forces inconnues* (1902) y *Le niracle moderne* (1907).

37 *Pibesa* forma parte de *Diez*, libro de cuentos editado en 1937 por Editorial Ercilla y reeditado en 1971 y 1996 por Editorial Universitaria.

Quintrilpe,
Septiembre 23 de 1958 Nº 1[38]

La Muhó:

Le escribo, m'hijita, en medio de una casi completa soledad y en medio de una verdadera tempestad que empezó esta mañana. Esta soledad proviene de la partida a Stgo., por unos 15 días, de Cuco, Clarisa, Magdalena y don Alvaro[39]. Ayer y anteayer hizo un tiempo esplendoroso y en los días anteriores también. Hoy la cosa ha cambiado y llueve, llueve que da miedo. Estoy en bata y con el fuego prendido. ¿Para qué vestirse?[40]. Pron-



Juan Emar - 1947.

[38] «Desde ahora voy a numerar mis cartas para ver así si todas llegan», le escribe en esta misma carta. A partir de entonces, todas serán numeradas y correlativas.

[39] Se refiere a Alvaro Yáñez Arrieta, hijo de Eliodoro y Clarisa.

[40] Al respecto, Carmen dice: «¿Qué es eso de vivir en pijama, de presen-

to me echaré a la cama y me pondré a leer y a hacer anotaciones.

Septiembre 24

Sigue lloviendo, Moroñenta; sigo en bata y me pongo a escribirle. La vida –a pesar de la lluvia– es bonita, es digna de vivirse. ¿No lo cree usted? Al menos yo he llegado a un grado de relativa calma, de relativa serenidad. Oigame lo que hago todos los días:

Despierto temprano, ¡para mí! A las 8, más o menos. Me siento en mi cama y miro mis paredes con los 120 grabados y fotos que he puesto en ellas. Entre esas fotos, una Moroña me mira vestida de Primera Comunión y luego se transforma en una actriz panameña[41] y me hace señas hasta que aparece la cocinera y me trae un gran plato de cuáquer con miel de abeja. Me lo tomo, me estiro y me desperezo, me pongo mis zapatillas y arreglo papeles, cuadernos, libros, estufa, etc. y me voy a la cocina y allí, conversando con Nemesio (el mozo) y su mujer, la Luisa (cocinera) me sirvo y me tomo una taza de ... –¡no se enoje!– «nescafé». Vuelvo a mi pieza y, casi todos los días, me baño y me afeito. Luego me visto, llamo a Magda para ir a pasear, saludo a don Cli, a Clarisa y a don Alvaro y, con Magda, nos vamos a pie al bosque subiendo un cerrito, al bosque a ver y escondernos de esos feroces lobos y terribles leones que nos acechan y nos atacan. Volvemos comentando nuestras proezas y nos separamos. El resto de la mañana lo paso escribiendo y poniendo en orden mis notas. Luego almorzamos y la tarde entera la paso aquí en mi pieza con mis escritos y papeles. De cuando en cuando salgo un momento al jardín o a caminar un rato o voy hasta la oficina a conversar con Hipólito, el cajero de aquí del fundo. Dan la luz. Entonces me acuesto con un alto de libros en mi velador y

---

tarse en pijama, qué es eso de levantarse y quedarse en pijama, aunque esté limpio y afeitado y todo?. Bueno, quiere decir que le cuesta emprender el día, emprender la vida».

41 Mientras vivió en Panamá, Carmen trabajó como directora y actriz en un par de obras de teatro y mímica.

con papeles escritos por mí hace ya mucho tiempo. ¿Qué libros? –preguntará usted. Los mismos de siempre: Ouspensky, de Guaita, Steiner, Nicoll, «Diccionario de Ciencias Ocultas», etc. y... –ahora ¡enójese!– novelas policiales. A las 11 de la noche apagan la luz y: ¡tuto guagua! (...).

Moroña, puedo decirle una cosa que, tal vez, debo atribuirla a mi carácter y nada más: Esta vida sencilla en lo que se refiere a cuanto me rodea y muy intensa en lo que se refiere a la parte interior de uno mismo, ¿cree usted que da mayor «felicidad»? Voy a contestarle sinceramente: ¡No! Lo que ella da en materia de dicha es lo siguiente: pensar que ella no se cambiaría por ninguna otra y que su no existencia sería volver al terrible, al espantoso y nauseabundo ajetreo de la vida que se llama «altamente civilizada».

La felicidad, en el sentido corriente y como ella se entiende, para mí no existe. En vano trato de imaginarla, en vano pongo a mi alrededor todas esas cosas que la dan y que la gente tanto, tanto busca y se desmaya por conseguir ... ¿Qué me darían a mí? ¡No, mi Moroñenta! Porque ellas no me darían nada, absolutamente nada de nada.

Hay que llegar a saber «cuál es nuestro destino». Para ello oir, tratar de oir una voz que hay dentro de uno. Lo que diga esta voz no es siempre risueño. Muchas veces es duro, es pesado. Después hay que aceptarlo y con ello ir hacia adelante.

Y ahora sigue y sigue lloviendo, Moroña. Asomo la punta de la nariz por una puerta o por una ventana y ... lluvia, lluvia. Y en todas partes, la soledad (...).

Ahora, mi Moroñenta, va a saludar a la Mami y, después que la haya saludado, va usted a recibir de mi parte millones y millones de trillones de todas las cosas peludas que aquí tengo reservadas para usted. ¿Oyó, doña Moroña doña?

La abraza su

Papo...

que la adora.

Carmen Yáñez en la obra «La vida es un sueño», de Lenormand.

Quintrilpe,
Octubre 25 de 1958 Nº 2

La Muhó:

El 23, es decir anteayer, recibí su «peluda» nº 1. La abro y veo que usted la escribió el día 25; es decir, que hoy la está escribiendo. ¡Así me gusta, Moroñenta, y riámonos del tiempo y sus complicaciones! (...).

Me alegro infinitamente que haya usted entrado a ese formidable y sin igual Dostoyevsky. Su obra póstuma, «Los hermanos Karamázovi», es una maravilla. Yo tengo las obras completas de él traducidas al español por Cansinos Assens. Ahí dice que, en ruso, el plural de Karamázov es Karamázovi. Leo y releo siempre el Libro quinto, en el capítulo V: «El gran inquisidor», cuando habla Iván. Es algo sobrecogedor. ¿Y Smerdiákov qué le pareció? ¿Y el místico y bueno de Alioscha? ¡Todos, todos son caracteres más que humanos; pasan a ser símbolos de una vida tal cual! Le recomiendo ahora que lea: «Memorias del subsuelo» que también se ha traducido por «El espíritu subterráneo». Después no deje de leer porque es una real maravilla: «Crimen y castigo»; también le recomiendo que lea a fondo «El Idiota» y, ¡sobre todo! lea, mi linda, la obra que a mí más me gusta de Dostoyevsky: «Demonios»; ésta también ha sido traducida con el nombre de: «Los Poseídos» («Les Possédés», en francés). De éste voy a citarle unas palabras de Kirilov, un hombre raro y estupendo. Dice: «Stavroguin cuando cree, no cree que cree; pero cuando no cree, no cree que no cree». Y otra frase de Kirilov: «Reconocer que no hay Dios y no reconocer al mismo tiempo que uno mismo ha devenido dios, es un absurdo y una inconsecuencia».

Las hormigas, Moroña... En mis paseos aquí me siento sobre una piedra o sobre un montón de tierra o en cualquier parte y, como lo hace usted, también me pongo a observar lo que se mueve y camina y trepa por entre los terrones y las yerbas. Ese

mundo que nosotros despreciamos por lo diminuto ¡qué inmensidad tan espantosa es para esas bestezuelas! Hormigas, cucarachas, orugas, luciérnagas, lombrices y qué sé yo... Es todo un universo el metro o decímetro cuadrado por donde transitan. El otro día Cuco encontró en su manga una cuncunita sin una sola púa; la puso en su oficina, sobre un pequeño pedestal de madera y ahí quedó, erecta, tiesa, afirmada en sus patitas posteriores con sus ojitos inmóviles. Yo, por mi lado, abrí mi cama para acostarme y, entre la ropa, vi de pronto, inmóvil, una lagartija. ¿Cómo entró a mi pieza, cómo se metió adentro de mi cama? ¡Misterio! Quise pillarla pero ella, despertando de su sueño, huyó y se perdió no sé dónde ... En idioma araucano se llama a la lagartija: «vilcún». A nosotros, pues, ustedes nos escriben a la estación «Lagartija».

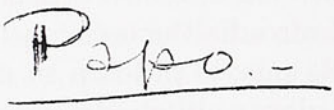
Tengo aquí a mi lado una serie (6 ó 7 en total) de piedrecitas que he recogido en mis caminatas. Todas ellas tienen dibujos preciosos: en una de ellas hay un gordo encapuchado que camina hacia una palmera lejana; en otra, una casita a orillas de un mar con nubes; en otra, los colores raros pelean entre sí; etc. (...).

He ido a Temuco dos veces en este último tiempo y allí encontré una librería de un alemán muy simpático que tiene una cantidad de libros de arte. Le he comprado: «Tratado de la Pintura», obra que escribió Leonardo de Vinci; viene con un prólogo de Péladan. Le he comprado además: «Los pintores italianos del Renacimiento», con un largo prefacio de Bernard Berenson; (...) También compré: «Los Tesoros de los Grandes Museos Nacionales», con prefacio de Hans Tietze, y con un material de ilustraciones tan bueno y tan abundante como el anterior (...).

Ya estamos pasando el terrible invierno y vemos aparecer por todos lados la primavera. Tenemos sol, mucho sol. Esto me incita a recoger junto a mí todas las cosas más peludas del mundo, hacer un gran paquete con ellas y mandárselas para que usted las divida en dos partes iguales: Una para la Mami; otra para usted (...).

Bueno, linda, me despido asegurándole que la llegada de su carta fué una verdadera fiesta para todos en Quintrilpe. Salude y salude a la Mami. Para usted va todo el cariño de este:

gordo que la adora!!



Quintrilpe,
Diciembre 4 de 1958 Nº 4

La Muhó:

¡¡Viva Chile y todo lo que tenga que vivir!! Porque el día 2 de diciembre de 1958, siglo XX, don Cli me entregó su «peluda» nº 2, de fecha 23 de noviembre (...).

Sobre Gurdjiev estamos completamente de acuerdo. Por el libro de Pauwels lo veo con claridad: un tipo muy interesante, un caso, pero algo ajeno a lo que yo busco. Me alegro que usted haya conocido a algunos que fueron sus discípulos; era lo que yo me esperaba después de pasar por una disciplina semejante. Todo ser que manifiesta visiblemente sus cambios interiores (...) me es un tipo errado, un tipo que tiene puesta su mente y su voluntad en el efecto que ha de producir en los demás y no en el verdadero desarrollo de su espíritu. ¿Ha leído usted «La Iniciación» de Rudolf Steiner? Allí se hace mucho hincapié sobre estas demostraciones externas. Steiner dice, por ejemplo: «la entrada del discípulo en la senda del conocimiento llévase a cabo en silencio, sin que nadie lo sospeche: no hay quien pueda notar un cambio externo en él, toda vez que sus deberes los cumple como antes y de sus negocios sigue ocupándose como siempre». ¡Qué sencillez, Moroña, al lado de esas cosas y gestos abracadabrantes de Gurdjiev!. Pero como tipo, como personalidad, es un caso muy interesante. Es bajo este punto de vista que el libro me ha interesado. Además encuentro que Pauwels escri-

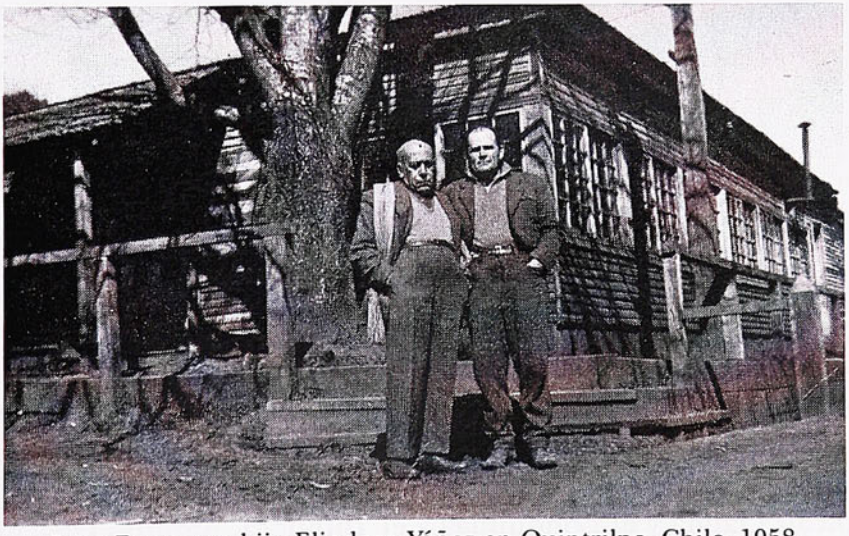
be muy bien, admirablemente. Es un placer leerlo. ¿No lo encuentra usted? Su libro «Belcebú» no lo conozco y, por lo demás, no me interesaría mayormente.

A propósito de todo esto me habla usted del «Sermón de la Montaña». ¡Sí, Moroña, y cien veces sí! Yo este Sermón lo he leído desde aquellos tiempos cuando conocí a Mami, mucho tiempo antes de que usted y don Cli nacieran. Aquí, en Quintrilpe, tiene Clarisa una gran Biblia que siempre consulto y, en ella, consulto sobre todo a San Mateo justamente con el Sermón de la Montaña. Como usted puede ver, en estas dos cosas –Gurdjiev y el Sermón– estamos completamente de acuerdo (...).

De Pasternak... He seguido, por encima, su caso y las peleas que ha originado con el Premio Nobel y demás. Pero lo siento todo eso tan lejos de mí, de esta vida solitaria y de trabajo que hago aquí en el campo, que luego lo olvido y no vuelvo a pensar en ello (...).

Su,

Papo.-



Juan Emar y su hijo Eliodoro Yáñez en Quintrilpe, Chile. 1958.

Quintrilpe,
Enero 6 de 1959

La Muhó:

Le voy a escribir, m'hija, porque siento ganas de conversar un rato con usted. La otra noche releí su carta nº 2 y ella ha contribuido a estas ganas que ahora siento. Primeramente le haré una pregunta: ¿Qué es el Budismo Zen?. Usted me habla de él, que es lo que practica actualmente. Yo ignoro todo respecto a este budismo o, tal vez, lo conozco con otro nombre. Asi es que unas palabras suyas vendrían muy bien. Entiendo que así es el nombre: «Zen». Aunque usted tiene muy buena letra, siempre puede haber alguna equivocación al leer. Y sigamos: el libro de Donart no ha llegado aún a mis manos como tampoco ha llegado su conferencia de arte de la que usted me habla. Esperemos y ya llegarán (...).

Mucho he pensado en Lao-Tseu, sobre todo cuando habla de la «inacción». Nosotros, si no estamos llenos de trabajo, somos gente perdida. Nos desesperamos en la inacción... ¿Por qué cree usted que nos desesperamos? Yo creo, simplemente, porque es algo terrible, y nada menos que terrible, tener que enfrentarnos con el silencio. ¡Es un silencio aparente, Moroñenta! El silencio está cuajado de voces y más voces cuyo solo sonido nos espanta. ¡Es mejor la bulla y tener millones de quehaceres cada día! Allá, lejos, quedan el silencio y la soledad, esperando, esperando...

A propósito, algo conozco o algo estoy conociendo este silencio y esta soledad. Claro que es muy relativo. Me refiero a mis paseos solitarios por el camino al bosquecito y al cerro de la Cruz. En el primero me empapo con los árboles; en el segundo, con los miles y miles de guijarros que hay en el suelo. Ambas cosas son, sencillamente, maravillosas. Al ir allí no deseo la compañía de nadie. Solo camino y camino. Diviso, allá muy lejos, el volcán Llaima y el Lonquimay y el Tolhuaca. Algunas lagartijas

me acompañan desde los árboles. Yo mando recuerdos y más recuerdos. De pronto uno se desprende, cruza los Andes, atraviesa el continente, luego cruza el océano, pasa por España, pasa por Francia y aterriza en el corazón de doña Moroña doña!!

Así la saludo ahora. Abrace a la Mami mil veces. Para usted, todo el cariño de este viejo,

Papo.—

Juan Emar, Eliodoro Yáñez, Clarisa Arrieta, Verónica, Magdalena y Alvaro en Quintrilpe, Chile. 1959.

Quintrilpe,
Enero 14 de 1959

La Muhó:

¡Gracias, Moroñenta, por su regalo para mi día!. El día 9 me lo trajo Don Cli que había ido a Temuco. Así que ahora estoy en plena «Opération Amitié» y sigo, paso a paso, las andanzas de su autor, Georges Douart. Estamos en Pakistán construyéndole una casita a Aminourissa; muy al principio todavía, como usted podrá ver, pero el libro me interesa grandemente y tanto más cuanto que se trata de un amigo de doña Moroña doña. Otra vez: ¡Mil gracias, Moroña! Me gusta la portada; yo siempre he pensado que todo libro debiera empezar con un retrato del autor. Es cosa muy incómoda no tener idea de cómo es el que escribe; por ejemplo, yo no conozco a Ouspensky ni a Nicoll ni a Rodney Collin, etc. (...).

Yo sigo aquí mi vida acostumbrada: escribo siempre mucho y algo pinto. Tanto lo que escribo como lo que pinto se amontona aquí en mi pieza y no tiene salida. No quiero, por ningún motivo, publicar nada; ello es desvirtuarse del trabajo que uno hace, oyendo las opiniones de una serie de «críticos» que leen por encima del hombro para cumplir su misión de tales. Hace ya tiempo mandé unos cuadros a Cannes lo cual fue una serie de dificultades y un gasto terrible. Este gasto fue aquí como allá para sacarlos de la aduana. Así es que queden aquí esos cartones hasta que ...algo suceda aunque no tengo la menor idea qué puede suceder (...).

He leído bastante. Desde luego leo calmadamente su libro y cada noche avanzo un poco por los viajes de Douart; he seguido con el de Ohsawa, también muy lentamente en esta segunda lectura[42]. Leo además (por 2ª vez) y muy despacio, «Tiempo Vivo»

---

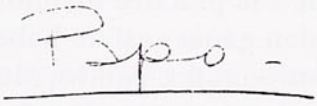
[42] En la carta nº 5, no incluida en la presente edición fechada el 6 de enero de 1959, Emar le dice: «ahora estoy leyendo por segunda vez el libro *Jack et Mitie,* de Ohsawa».

de Maurice Nicoll; es éste un libro que me interesa en alto grado, por la actitud que uno debe tener frente al universo.

En abril pienso ir a Santiago a ver a mis Niñitas. Si todo marcha como es debido, permaneceré allá, más o menos, un mes. Le mandaré entonces la «Antología» que publicó la tía Florita (...) Por una carta suya escrita pocos días antes de partir (a Puerto Rico), supe que, para muchas personas, mi cuento «Pibesa» es uno de los que más han gustado (...).

Moroñenta, ¡no se olvide! ¡¡Yo la adoro!! Pensando en esta adoración le mando todas las cosas peludas habidas y por haber y le pido le dé una gran cantidad de ellas a la Mami.

Un abrazo del porte del Mundo de su,



Quintrilpe,
Febrero 16 de 1959 Nº 7

La Muhó:

Ayer 15 recibí su carta de fecha 7 de este mes en la que usted me habla y me cita párrafos del budismo Zen (entiendo que así es la palabra, con «n» y no con «u»). Para qué decirle, Moroñenta, cuánto me gustó y cuántas veces las he leído. Todavía no ha llegado a mi poder ese librito de Herrigel de que usted me habla. Lo espero con verdadera ansiedad. En cambio mucho he leído del otro libro que usted me mandó, «Opération Amitié», de Douart que me interesa altamente. Hablemos un poco de él primeramente. Ya he terminado el Cap. III, «Indes fabuleuses» y pronto empezaré el capítulo sobre «A l'enseigne du Soleil levant». ¡Veamos se éste me levanta un poco el ánimo! Porque el de India es verdaderamente trágico con esa terrible miseria, con esos seres raquíticos y con esa lepra que allí impera.

Febrero 17

Anoche, Moroña, estaba en cama leyendo cuando entró Don Cli a mi pieza trayéndome un pequeño libro que venía de Francia. Lo vi y era el del «Zen», de Herrigel[43]. Le eché una hojeada, leí la introducción del japonés Suzuki y le mandé a usted, mi Moroñenta, todos los saludos y agradecimientos posibles que se puedan mandar. Ahora déjeme tiempo para leerlo como es mi costumbre, es decir, lentamente y tratando de penetrarme en él lo más que se pueda y respirarlo a fondo. Todas estas cosas son más difíciles de lo que a primera vista parecen y ya me he dado cuenta que el Zen es cosa bastante peliaguda. Entonces, ¡calma y tranquilidad! Estos libros se entienden muy bien pero de ahí a ir a la práctica de ellos es cosa muy diferente. Para practicarlos dan ganas casi de haber nacido de nuevo, estar configurado de otro modo. Vuelvo, Moro, a mi tema de siempre: Rudolf Steiner, sobre todo con su «Iniciación». Usted la lee y la entiende con toda facilidad, hasta llega a encontrarla demasiado simple. Pero, mi linda, ¡ensaye de ponerla en práctica, de vivir como dicen sus múltiples consejos! O queda usted en el vacío o se convierte en una practicante cerrada y algo tontona, desligada del diario vivir y de las buenas relaciones que siempre debemos tener con nuestros semejantes... ¿No lo cree usted? Todo este sendero debe recorrerse en el más absoluto y en el más profundo silencio, que nadie sospeche nada de nada salvo el caso en que alguien se le acerque a usted en demanda de algún consejo. Entonces ¡sí! Entonces, humildemente, hablar y hablar cuanto se pueda y jamás como un Maestro que se dirige a su discípulo; simplemente hablar de igual a igual. Es esto lo que yo creo y pienso. Ahora, pues, dediquémosnos al Zen y tratemos de avanzar lo que más se pueda en la dirección que él parece indicar.

Aquí en Quintrilpe estuvo Pito Rivadeneira unos 6 días.

---

[43] Ver Eugen Herrigel, *Zen en el arte del tiro con arco*, Ediciones La Mandrágora. Buenos Aires, 1959.

Usted sabrá que es médico psiquiatra. A estos médicos los encuentro un poco restringidos en su propia ciencia, dominados por la ciencia oficial, sin miras más allá, sin penetrarse aún en la vastísima ciencia del Oriente. Mucho conversamos sobre esta neurastemia que ahora me ha tomado desde hará unos 15 ó 20 días atrás. Hablamos y hablamos y total... ¡nada! El quería explicar su teorética en mi persona y ahí quedaba con ella y yo quedaba por mi lado sin progresar ni sanar ni un paso.

¡Es algo terrible esto de la neurastemia, doña Moroña doña! No hay ninguna causa efectiva que me la provoque, nada cambia ni ha cambiado, todo marcha debidamente en una calma enorme pero... viene esta neurastemia y todo se ve al revés aunque sepamos muy bien que no hay nada francamente al revés (...).

Sí, mi Moroña, yo siento intensamente las frases que usted me copia en su carta. Pero algo se me escapa, algo se vuela, quedo sin concentración, sin penetración ante ellas. ¡Qué lindo es eso que usted me copia!

«Buvant mon thé, mangeant mon riz, je passe mon temps comme il vient; baissant les yeux vers le torrent et les levant vers les montagnes. ¡Ah, combien je me sens serein et détendu![44].

Y al mismo tiempo siento profundamente y siempre lo he sentido lo que usted me copia líneas antes:

«Dans le Zen il n'y a rien a gagner, rien a comprendre»[45].

Muy lindo todo ello, Moroñenta. Hoy por hoy son, para mí,

---

44 «Bebiendo mi té, comiendo mi arroz, paso el tiempo como viene, bajando los ojos hacia los torrentes y levantándolos hacia las montañas. ¡Ah, qué sereno y desprendido me siento!».

45 «En el Zen no hay nada que ganar, nada que comprender».

como inmensas estatuas que ahí se alzan pero que no dejan convivir con ellas. Las admiro intelectualmente, si usted quiere; me falta el hecho de penetrar al interior de ellas.

Ahora me lanzaré a su librito, a leer tranquilamente y a meditarlo también tranquilamente (...).

Le mando unos saludos, que usted ha de repartir con la Mami, del porte del Mundo y más grandes que el Mundo mismo.

Eternamente es de ustedes dos, la Mami y usted, un,

Papo..

Carmen Yáñez en Honfleur, Francia. Agosto de 1957.

Quintrilpe,
Marzo 16 de 1959

La Muhó:

Anteayer recibí su cartita sobre mi neurastemia con algunas palabras de la Mami. ¡Gracias, Pichona, por ellas! (...).

Sus consejos son muy, muy buenos. Veo que usted conoce a fondo estos males. Pero, mi linda, ellos son los consejos que puede dar una persona sana, que no la sufre. Cuando se está en ella pasa lo siguiente: se leen esos consejos, se les entiende perfectamente y NO SE PUEDEN SEGUIR. Creo yo que la neurastemia es un mal que se haya fuera de nosotros, como una sombra de una caverna o algo parecido. De pronto, por el camino que seguimos, nos encontramos en medio de esa sombra y hay que atravesarla (...).

Conversemos ahora de otras cosas:

Hace días que Pito Rivadeneira me mandó una pequeña encomienda: Libros. En ella venía «Jack Mitie» que yo le había prestado y una de Krisnamurti: «La Paz fundamental»[46]. Lo miré y lo dejé por ahí. Pero dos días después de recibirlo, lo abrí y empecé su lectura. Moroñenta, sólo puedo decirle que lo encuentro un libro ¡formidable! Lo que uno ha pensado y creído durante tantos años, lo que llegaba a dudar pero siempre diciéndose: «¡No! ¿Es posible? Tiene que ser así», aquí se encuentra claramente expresado, dicho con convicción y de un modo sencillísimo. Son una serie de conferencias que Krishnamurti dió en la India, en 1947 y 1949, con preguntas hechas por el público y respondidas por él. Moroña, para qué decir que se lo recomiendo y que pido que usted lo lea, sí, lo lea con toda tranquilidad, calmadamente (...).

---

[46] Jiddu Krishnanurti nació en 1837 y publicó numerosas obras, entre las que destacan *La liberación del pasado, La crisis del hombre* y *El conocimiento de uno mismo.*

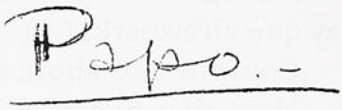
Marzo 18

(...) Esto de la neurastemia es algo tremendo: todo está igual, nada ha cambiado, hay esa soledad que yo tanto ambicionaba, hay una calma perfecta para entregarse al trabajo... Veo, en esa soledad, un verdadero desamparo, en esa calma, una imposición para ponerme al trabajo. Comprendo muy bien que en otros estados de ánimo vería todo esto favorablemente. Ahora no es así; veo en todo ello sólo inconvenientes y más inconvenientes (...).

Bueno, Moroñenta mujer, le envío pelotones de abrazos peludos para que usted reparta allá debidamente (...).

Un

que la adora.



Quintrilpe,
Mayo 18 de 1959 Nº 11

La Muhó:

Después de una larga estadía en Stgo., vuelvo a Quintrilpe y le escribo esta carta larga para contarle mis impresiones de allá. Estuve alojado en casa de la Lilí[47], adonde ella me invitó para que asistiera a las conferencias de Lanza del Vasto. Hablemos por orden, Moroña, y empecemos con Lanza:

Llegó hasta Chile y fué muy bien recibido. Produjo un real entusiasmo. Se presentó con su lindo traje blanco y crema, con su figura imponente y su serenidad sin límites. Desgraciadamente tuvo la idea de hablar en español, idioma que él desconoce, y se veía obligado a hacerse traducir las frases que decía sea en italiano o en francés. Dijo, por ejemplo: «Los hombres habían torto»; un intérprete explicó que había querido decir: «Les hommes avaient tort...; es decir, que no tenían razón, que estaban errados. Pero fué aplaudidísimo y fundó aquí el Arca con gran entusiasmo. Fué ayudado en su fundación principalmente, por Gastón Soublette, un joven de origen francés y profesor del colegio de la Lilí[48].

---

47 Se refiere a su hermana Gabriela Yáñez, fundadora del colegio La Maissonette. Ver carta del 22 de abril de 1956.

48 «La primera visita que hizo Lanza del Vasto a Chile fue gracias a una invitación del Instituto Chileno-Italiano de Cultura y la Conferencia que dio fue exclusivamente sobre Gandhi. Permaneció en Chile unos 15 días donde formó a mucha gente, iniciándolos en la meditación y en la forma gandhiana de organizar la vida. Fue muy importante y muy hermoso ese primer encuentro. Me pidió que me encargara de ese grupo. Durante unos 3 años recibimos información que publicaba la comunidad que estaba en Francia, aprendimos a meditar, vimos el Hatha Yoga y abundamos en la doctrina gandhiana.
Entre las personas que había en la primera comunidad que se formó aquí, yo destacaría por sobre todo a la doctora Lola Hoffmann, quien asistió un año entero a las reuniones del grupo El Arca. También algunos miembros de la familia del escritor Juan Emar, una de cuyas hijas

Ahora hay un tiempo gris y frío aquí en Quintrilpe. Paso las horas arrimándome a las estufas. Luego le escribo a usted, mi linda Moroña, luego leo a Krishnamurti que me encanta, luego escribo un poco y hago notas (...).

Bueno, Moroñenta Mujer, pongo fin a esta carta para decirle que al llegar de Stgo. no encontré nada suyo. ¡Escríbame y no sea tan floja! Mientras me escribe van aquí los más peludos de los abrazos que en el mundo se hayan dado.

Su:

Papo.-

Lanza del Vasto (a la derecha) en uno de sus viajes a la India con Vinóba (al centro), discípulo de Gandhi.

---

fue un importante miembro de la comunidad de Francia». Gastón Soublette, en respuesta a una entrevista sobre el particular, y a quien agradecemos su gentileza.

Quintrilpe,
Diciembre 11 de 1959 Nº 13

La Muhó:

Veo la fecha de mi última carta, la nº 12, y ella es: Agosto 22. Veo el calendario de ahora y hoy es 11 de diciembre... ¡Qué pereza o qué dejadez y desidia! Veo la última carta suya y ella es del 7 de marzo... Estamos bien comparados. ¡Viva la desidia!

Sí, mi Moroña y Moroñenta mujer, sí, está muy bien siempre que sepamos aprovecharla. Entonces veamos en qué se ha ocupado:

(...) El 13 de noviembre fué mi cumpleaños: ¡66! Había aquí algunas personas y, por lo tanto, fué festejado con pisco y con Pernod. ¡Mala cosa! Pero algo se movía dentro de mí, algo muy antiguo que a veces aparecía y luego desaparecía. Hasta que llegó el 17 empezó a cristalizarse: un cambio, un franco cambio dentro de mí. ¿Cómo definírselo? Yo diría: Un amor que aumenta a todo momento y, sobre todo, un despegue hacia los resquemores, hacia los odios, hacia las preocupaciones que, antes, formaban parte integrante de nuestra vida. Y, algo que creo importante, todo esto SIN QUE NADA, NADA CAMBIE EN EL DIARIO VIVIR. Este sigue igual, idéntico. Creo, Moroña, que voy por buen camino. Pero para hablar más de todo esto, sería necesario escribirse más a menudo. Entiéndame con pocas palabras: hay un cambio en mí, un cambio como usted sintió una vez. El aquí está SIN QUE YO HAGA NI EL MENOR ESFUERZO. Porque los esfuerzos deben hacerse en otro plano.

Moroñenta, deberíamos hablar mucho más largo sobre esto. Le prometo ahora escribirle, por lo menos, una vez cada mes. Ojalá usted me contestara. Sus cartas son sumamente interesantes y es un placer para mí leerlas y oir su voz (...).

Como lecturas, siempre leo bastante. Hay gentes que progresan leyendo; otras que progresan sin leer. Yo necesito leer. Mis autores favoritos son: Ouspensky, Krishnamurti, Steiner,

Guaita. De Ouspensky le recomiendo, a usted o para que usted lo recomiende a otras personas, un libro que me interesa enormemente: «Un nuevo modelo del Universo».

Moroño-Moroña, pongo fin para que esta carta se vaya pronto a encontrarla a usted y llevarle todos los recuerdos y abrazos que es posible mandar a una personita ausente que tanto, tanto recuerdo noche y día.

Suyo hasta siempre, un

Quintrilpe,
Febrero 20 de 1960 Nº 17

La Muhó:

(...) La pobreza no me asusta, mi linda. La benevolencia de Cuquito y de Clarisa es tan grande que aquí estoy en un verdadero paraíso (...) Con lo que tengo puedo dejar algunos pesos-escudos de lado, ir a Temuco y ahí comprar lo que necesito[49]. Moroña, le aseguro que la pobreza no me asusta en nada. Estoy feliz así y, sobre todo, feliz de ver que una voz querida –la suya, linda– lo ha comprendido y me dice cosas para hacer resucitar a

[49] En una carta fechada el 20 de diciembre de 1959, no incluida en la presente edición, Emar le escribe a Carmen: «Iré a casa de la Lilí que es una de las personas mejores conmigo. Fíjese, Moro, que todos los meses me hace un depósito, en mi cuenta del Banco, por 40.000 pesos, o sea, por 40 escudos (se escribe así: Eº 40)».

un muerto. # Ahora pienso, Moroña: ¿Qué haría yo si tuviera grandes cantidades de escudos?. Lo primero que me nace es darlos: tendrían mis cinco hijos. Pero esto me es prohibido hacerlo. Entonces pienso: ¿qué haría? Automáticamente me veo yéndome a Stgo. y, en Stgo., tomando un cuadrimotor a París; en París, tomando otro cuadrimotor para Italia; en Italia, otro más para ir a...; en..., otro más para ir a...; en..., otro más; y otro; y otro; y otro. Hasta que, de pronto, me tendría que preguntar: «¿Qué he hecho, después de todo?» Y la respuesta viene sola: «¡Nada, nada, nada de nada!» ¡Adios estos campos y estos rincones que recorro solo en apariencias! ¡Adios cuanto se piensa y se medita aquí! ¡Adios mis escritos y demás! Y digo: «se piensa y se medita» poniendo el acento en ese «se» porque, Moroñenta mujer, creo que NO SOY YO EL QUE PIENSA Y MEDITA; ELLO SE HACE SÓLO EN MÍ Y YO LO VEO, LO RESPETO Y LO RECOJO Y TRATO DE REPRODUCIRLO.

Juan Emar y su nieta Magdalena Yáñez Arrieta en Quintrilpe, Chile. 1957.

Febrero 21
La Muhó:

Sigo hoy, Moroña, escribiéndole (...).

Ya ve usted, linda, que el dinero juega un papel muy, muy secundario en mi vida. Son otras las cosas que me preocupan, que me obsesionan. Ellas están en pequeños caminitos que hay en el campo. A esos caminitos voy a menudo, entro por ellos y busco por todos lados. De pronto aparecen: en una rama; en una piedrecita; en un hoyo; en un insecto que camina con dificultad; en un árbol solitario allá lejos; etc. y etc.

Luego escribo. ¿Cómo?

Moroñenta:

CON ALEGRÍA Y SIN HACER ESFUERZO ALGUNO. Esto es lo que he buscado siempre; esto es lo que dice Krishnamurti; esto es lo que se desprende de..., de... ¿De qué se desprende, Muhó?

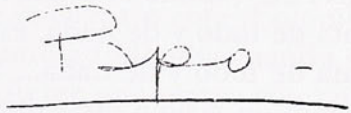
Creo yo que del HECHO DE VIVIR.

Todos los días me acuesto temprano. A las 8 o a las 9 ya estoy en cama. Aquí leo, leo SIN PREOCUPACIÓN DE APRENDER; leo porque ello me gusta. Y gozo una enormidad.

¿Están los libros de Ouspensky allá en Francia? ¡ojalá todos ellos fuera fácil de encontrarlos! entonces yo le diría que, sin falta, apresuradamente, se comprara «Un nuevo modelo del Universo» y lo leyera sin vacilar. ¡Qué de cosas lindas hay en él, Moroña! Le recomiendo, al pasar porque todo el libro es de alto interés, el capítulo IX, «En busca de lo milagroso», y en éste la Parte II, «Egipto y las Pirámides» y, sobre todo, –y óigalo bien– la Parte III, «LA ESFINGE». Léala, Moro, léala y sáltese, en seguida, a la Parte IV, «EL BUDA CON LOS OJOS DE ZAFIRO». Después vuelva a la de la Esfinge; pase después al Buda; después, la Esfinge; después, el Buda... Y así no querrá salir más de esas dos maravillas.

(...) Bueno, Moro-Moroña-Tinguiririca-Muhó, le he hablado de todo lo que se me ha ocurrido. A Stgo. tal vez vaya en

mayo o junio. Le pido que me escriba lo más posible. Yo, al recibo de una suya, iré al living, tomaré una silla y, enviándole todo lo que es posible enviar, recitaré un enorme Tinguiririca de SU:



Quintrilpe,
Mayo 19 de 1960

La Muhó:

El día 16 llegó una carta de la Mami para don Cuco y, en ella, unas palabritas suyas para mí. Se las contesto inmediatamente (...).

Sí, mi linda, como todos los cereales que puedo. Estamos en el campo asi es que aquí no hay cereales ni legumbres ni nada. ¿Se ha fijado usted que siempre en el campo hay que mandar comprar todas las cosas al campo vecino? Y en este campo, se mandan comprar al otro campo que sigue un poco más lejos... Y en éste, al otro; y en éste, al otro... Es la rotativa que hay que hacer para que engorden los señores propietarios. Pero estos propietarios no engordan. Sus preocupaciones son tantas, tantas que siguen flacos y débiles y así, un día, mueren pensando en el otro campo de al lado, y al otro... ¡Oh, oh -dicen- si esos campos fueran todos míos...! Pero dejemos tranquilos a esos propietarios y acordémonos de un viejo adagio que dice: «El hombre ha inventado el trabajo para NO pensar».

Sigo con mi libro. Voy ya en la página 3.905. Son páginas que escribo en papeles como éste y sin entrelíneas, como esta carta. Calculo que una página así, da, más o menos 1 página 1/

3 de libro corriente, o sea, 5.250 páginas de libro. La primera parte se llamaba UMBRAL. Ya la terminé en la página 3.664; y, en la siguiente, o sea, 3.665, empecé la segunda parte llamada DINTEL[50]. Como ve usted, es una puerta. ¿De qué trata? Moroña, trata de todo y de nada; escribo y escribo y así, escribiendo, se trata de todo y de nada... Si usted estuviera aquí en Chile o si hiciera un viaje a estas tierras, podríamos leer algo. Claro está que hay personajes, muchos personajes: Lorenzo Angol, Romualdo Malvilla, Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay, don Iirneo Pidinco, el doctor Hualañé, Rosendo Paine, Stramuros (un gran compositor que, con su nombre, sigue la tradición: Stradivarius, Strawinsky, Straciari), Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe, el arquitecto Ladislao Casanueva, un gran chino llamado el Chino Fa, Rubén de Loa, un mago llamado Bárulo Tarata, el diablo en persona que se llama Palemón de Costamota, un iniciado que es Florencio Naltagua y etc., etc. Hay sabios, críticos, iluminados, políticos, vividores, profesores, guerreros, hombres sin encarnaciones, locos, etc. y etc. Esto es respecto a los hombres; respecto a las mujeres podrá usted encontrar otras tantas, como ser: Marul Carampangue, Albania Codahue, la Tomasa, Teodosia Huelén, Martina Vichuquén, Miroslava Lipingue, Clotilde Antilhue y, otra vez, etc., y etc.

Por los títulos, usted comprenderá algo: UMBRAL es la vida de todos los días que, naturalmente, se prolonga un poquito más que el diario vivir y, de repente, se mete en regiones algo peludas...

DINTEL es más otra región o, si usted quiere, es siempre la misma pero vista con otros ojos. Un Dintel está siempre más alto que un Umbral. Está tan alto que Dintel sucede: en el fon-

---

[50] En la edición de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Umbral* termina en la página 2.807, a pesar de que en el original que Emar está escribiendo lo hace en la 3.664. Desde este momento, a raíz de esta segunda parte llamada Dintel, Emar iniciará la búsqueda de un título definitivo para el conjunto de la obra que está escribiendo.

do de la Tierra. A este fondo estoy yendo, a veces con Lorenzo Angol y en él encuentro a Florencio Naltagua y a Teodosia Huelén. Pero he de pasar primero por entre las palabras de Palemón de Costamota... ¡Uy, Moroñenta! ¡Es algo terrible! Pero al final se llega a ese fondo y ahí me encuentro con: ¡Colomba!

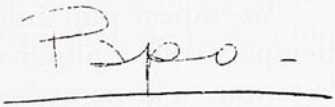
Es en lo que ahora estoy: añorando a Colomba cuando salgo a la superficie, añorándola cuando me encuentro con tanto personaje de aquí. En fin, ¡volvamos al centro, ya se verá qué es lo que pasa allá, ya se verá!.

En «Dintel» voy en la página 241. Hoy por hoy no escribo. Pues estoy de receso. Tal vez mañana o pasado volveré a escribir. Yo no escribo jamás pensando en un futuro éxito, en alabanzas y demás. Esto es el inconveniente que atisba a los escritores y que luego se les viene encima. ¿Cómo? Les otorgan una medallita y les tocan música mientras él pasa ufano y soberbio. Por eso no quiero que nada de nada se publique mientras yo viva. Me destemplo sólo con pensar en los «críticos». La literatura tiene otro fin: es una manera de estudiarse, de investigar, de cultivarse. ¿No lo cree usted, doña Moroña? La oigo murmurarme: «Sí, es lo que creo». Entonces la espero aquí en Quintrilpe y aquí hablaremos mucho y leeremos también mucho.

(...) Pienso ir a Stgo. en uno o dos meses más (...) El 6 de este mes fue el aniversario (100 años) del nacimiento del Tata[51]. Con este motivo todos los diarios escribieron una serie de artículos elogiosos sobre él. Aquí los podrá ver pues aquí los tengo muy guardados.

Y no veo más, doña Moroña. Abrace a la Mami. Usted reciba todo el afecto de un

que la espera.



51 Eliodoro Yáñez Ponce de León, padre de Juan Emar, nació el 6 de mayo de 1860 y murió el 26 de julio de 1932.

Juan Emar durante el entierro de su padre Eliodoro Yáñez. 1932.

Quintrilpe,
Junio 21 de 1960 Nº 24

La Muhó:

Recibí su carta el día 17; es de fecha 8 y 11 de junio. En ella me pide usted algunos consejos sobre pintura. Paso a contestárselos como pueda pues yo no soy un pintor; he pintado algo en mi vida pero por simple afición. Veamos qué puedo decirle:

Yo empecé pintando al óleo. Luego dejé de pintar por largo tiempo y volví a pintar con «gouache» (en español creo que es la pintura a la «aguada»). La prefiero miles de veces al óleo: es más fácil limpiarla, sobre todo los pinceles, y empleándola con la factura del óleo, es decir, empastado en abundancia, da un resultado magnífico. Además no se tiene que emplear el aceite;

se emplea pura agua y nada más. Todo esto facilita enormemente y es fácil mantener la limpieza de paleta, pinceles y demás. En Francia venden una madera llamada, creo, ISOREL; creo que es lo mejor. No tiene más que hacerla cortar a las medidas que usted quiera. La pintura mejor es cualquiera; allá la venden en tubos; recuerdo la marca Lefranc. Un vendedor de colores puede informarla perfectamente. Los pinceles, cuando se usa gouache, es muy fácil limpiar: con un poco de jabón es suficiente; después los seca bien y los pone en un tarrito. No creo que haya necesidad de esperar que la pintura seque bien para seguir pintando; la gouache seca rápido; sobre ella pinte empastando. Yo no usaba paleta; pintaba sobre un vidrio que me hacía las veces de paleta. Me parace que es lo más práctico. Este vidrio lo colocaba sobre una silla a mi lado. Los colores no se endurecen; con un poco de agua vuelven a su estado y pueden usarse. Después, ya bien secos (unos cuantos días) se les pasa un barniz que su vendedor le indicará.

Ahora estoy bastante olvidado de todas estas cosas. Lo último que pinté fue en 1958, es decir, hace ya 2 años. Jamás pinté algo «preconcebido»; lo que así hacía, es decir, preconcebido, no me resultaba. Yo manchaba una tela, o cartón o un isorel y «él me indicaba lo que había que seguir haciendo». Para esto, lo miraba largo rato y de pronto ¡listo! Es decir, dejaba que la pintura me fuera indicando lo que *quería expresarse.* En resumen, ya lo sabe, doña Moroña doña:

Le aconsejo gouache usada como si pintura al óleo; deje que la pintura le indique lo que quiere salir; un vidrio a su lado y así se evita esa enorme paleta. Cuando quiera limpiarlo, lo mete al agua y, con un trapo, lo limpia debidamente. Los pinceles conviene limpiarlos apenas se ha terminado de pintar; que estén siempre limpios.

Sobre lo que conviene traer a Chile en caso de un viaje, no sé nada, nada de nada. Yo vivo apartado de todo eso y no tengo con quien comunicarme.

(...) Sobre los barcos más económicos sólo puedo decirle que, cuando yo me vine, tomé uno italiano por Panamá, es decir, directo desde Francia a Valparaíso. Me pareció más económico que pasar por Buenos Aires y luego pagar el pasaje de B. Aires a Stgo.

No se precipite para venir a este país: hay demasiados terremotos y maremotos y calamidades. Aproveche su tiempo en esa linda Francia. ¡Cómo comprendo que esté usted arraigada a ese suelo tan hermoso! Lo mismo le digo a la Mami. Claro está que a mí me encantaría poder verlas y conversar con ustedes. Pero tengamos paciencia. Esperemos que la casa de aquí se arregle para poder recibirla. Ya lo sabe: estamos de alojados en casa de Alfredo Riesco[52].

Ahora se trabaja denodadamente en el lago Riñihue para evitar que sus aguas inunden la ciudad de Valdivia o, mejor dicho, lo que ha quedado de esa ciudad. Tiene usted razón, doña Moroñenta; sólo se puede gritar: «¡Pobre gente!».

(...) Y qué más puedo contarle, doña Moroñenta?

No veo nada más. Pero quiero felicitarla por sus futuras obras de pintura. Vuelvo a recomendarle: ¡gouache como óleo! No una pintura lavada como lo hacen generalmente con la gouache; ¡gouache bien empastada!

De lecturas usted no me habla nada: ¿lee mucho o poco? Yo

---

52 *«Son las 3 de la tarde, día con sol. Una suerte que haya sido de día y con sol. Un remezón y, casi en seguida, un 2º remezón fuertísimo. Aquí huimos todos pero era casi imposible avanzar pues la tierra se movía como un mar encrespado (...). En mitad del jardín caí y allí, caído, vi todo el terremoto: un árbol se cayó cerca de mí; la tierra rodaba como manejada por manos invisibles; la gente daba alaridos hasta casi ensordecer. Duró esto 3 minutos aquí; en otras partes duró hasta 6 minutos. Después fuimos a la casa: ¡qué horror, Moroña!, todos los muebles, los objetos, adornos, cuadros, etc. habían rodado por tierra y aquello era un verdadero desorden; la casa estaba medio desplomada; el lavatorio de Cuco, por el suelo; mi baño, chueco; sus fotos, doña Moroñenta, casi intactas. Empezamos a mudarnos a casa de Alfredo Riesco (...)».* Carta del 29 de mayo de 1960, no incluida en la presente edición.

aquí encontré una anotación mía hecha en Cannes, hace años. Se la copio pues es de Ouspensky, creo que de su libro: «Tertium Organum»:

> *«Los conocimientos son de dos especies: intelectuales y emocionales. A los primeros entran las ciencias y la filosofía; a los segundos las artes y la religión».*

Por estos conocimientos suyos, artísticos y religiosos, yo le mando mis mejores votos juntos con un inmenso abrazo del porte de la Tierra en que habitamos.

Suyo eternamente,

Papo.

Juan Emar y su nieto Juan Pablo Yáñez después del terremoto en Puerto Saavedra, Chile. 1961.

Quintrilpe,
Febrero 14 de 1961

La Muhó:

Ayer por la mañana recibí su carta de fecha 3 de febrero y se la contesto hoy aprovechando que Cuquito va a Temuco.

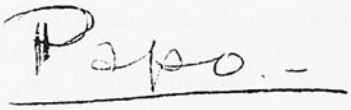
(...) Aquí, nada de nuevo: el tiempo es más bien frío y, en realidad, no hemos tenido verano. Yo paso encerrado aquí en mi pieza; hace ya mucho tiempo que nada pinto; ¡no soy pintor! Pero escribo siempre y lo más que puedo; voy ya en la página 4.188, a máquina y sin espacios, como esta carta. No pienso publicar; todo lo que hago lo guardo muy bien en mis cajones y la copia la guardo en el escritorio de Cuquito (caso de incendio, usted comprende...). El día que yo muera, entonces alguien lo recogerá y ¡a la imprenta![53]. No quiero, por el momento, oir críticas y comentarios que sólo sirven para perturbarlo a uno y para sacarlo del fondo de lo que está escribiendo. ¿No lo cree usted, doña Moroña doña?

¡Y se va Cuquito a Temuco! Le quedo debiendo una carta más larga; lo mismo a François apenas él me escriba[54]. Van aquí millones de millones de saludos para la Mami y para esa linda Veroca que espero ya hable el francés como una parisiense y que goce en sus visitas al Louvre y a Notre Dame.

¡¡Encantado con su carta!! Es una verdadera gloria recibir así noticias suyas que aquí se devoran.

¡¡¡¡¡¡ Adios mi gorda peluda !!!!!!

Los abraza eternamente un,



[53] Después de 36 años de su muerte, *Umbral* fue publicado.

[54] Se refiere al compañero de Carmen.

Quintrilpe,
Abril 23 de 1961 Nº 34

La Muhó:

Ayer, por fin, salieron los libros míos para doña Moroña doña. Van ahí tres: «Miltín», «Ayer» y «Un Año»[55]. He lamentado mucho no tener ni un solo ejemplar de mi libro «Diez» que es el que más me gusta y el que ha tenido mayor resonancia. En él hay un cuento, «Pibesa», que no está del todo mal (...) Espero que los libros estén en su poder en los últimos días de mayo o primeros días de junio.

Usted, Moroñenta, estará para esa fecha, de regreso de su viaje por Italia adonde habrá oído lo que le dicen las ruinas romanas y Dante Alighieri y Fra Angélico y el Renacimiento y lo que hay de imperecedero en aquel país ideal. Veo muy bien cúanto le habrá gustado todo aquello y lo mismo veo a François admirando esas bellezas sin par. ¡La felicito, Moroña, y haga extensivas a François estas felicitaciones!

Aquí se habla mucho de Cuba, de la invasión que ha sufrido Fidel Castro. Se habla también de la guerra fría, y ya casi caliente, entre Rusia y Estados Unidos. Yo estoy completamente del lado de Fidel Castro y de la Unión Soviética. Creo que ustedes también lo han de estar.

(...) Yo he vibrado mucho –como todos aquí– con el vuelo del ruso Gagarin. Es una hazaña incomparable; piense que el Everest tiene cerca de 9.000 metros de altura y es el monte más alto de la Tierra. Gagarin volaba a ¡a más de 300.000 metros! ¡¡Viva, vivaaaa!!.

(...) Aquí ya hace un frío terrible. Pasamos todos metidos dentro de las estufas que arden que da miedo. Yo saco una mano y con ella le escribo a doña Moroña doña. ¡Felices ustedes todos

---

[55] Se refiere a sus libros publicados en 1935 por la Editorial Zig-Zag: *Miltín 1934, Un Año y Ayer.* Sobre *Diez,* ver nota 2 de la carta del 19 de junio de 1958.

que van allá hacia un verano esplenderoso!

Dígame, Moroñenta, si ha recibido todas mis cartas. Por los números puede verlo. Se me olvidó poner nº en la 30. En la nº 31, creo que iba una foto mía y de Veroca aquí en Quintrilpe.

¡Mañana seguiré y pasado, también!

¡¡Adios Moroñenta mujer!!

Papo.-

Quintrilpe,
Junio 4 de 1961 Nº 37

La Muhó:

El mismo día que le escribí mi última carta a Roma (junio 1º), recibí una suya con dos fotos: usted y François. Pero ya la mía había partido. Ahora, pues, le escribo ésta.

(...) Y ahora viene esa palabra única en nuestro idioma occidental: FIRENZE... Les pido a ambos, a François y a usted, que se detengan unos momentos frente a: Cimabue; «La Virgen y el Niño en el trono»; y frente a Giotto, un cuadro que, según el libro que aquí tengo, ostenta el mismo título. Ambos cuadros están (según este libro) en el Museo de los Uffizi. Caminen un poco y deténganse frente a «La Adoración de los Magos», de Gentile da Fabriano; caminen otro poco, pero... ¡sin hablar! Todo debe desaparecer ante estas maravillas. ¿Me oyó, doña Moroña? ¿Me oíste, François? ¡Silencio! ¡Schchchcht! Después pueden ir a tomar el té a casa de una baronesa o de una condesa. Después pueden hacer lo que les pase por la cabeza ... que la cabeza de ustedes ya no será la misma; ya estará muchos metros más alta que antes de este momento de recogimiento que han tenido frente a esas telas.

Y sigan, sigan caminando. De pronto van a estar en París .... Ahí verán a la Mami y a doña Veroca y verán también el Louvre

y Notre Dame. Ante esta última no puedo decirles más que una cosa: «Schchchcht...». Lo mismo que ya le acabo de decir. Es verdad que usted no ha leído a Ouspensky. Yo lo leo siempre y así veo, por un lado, la inmortalidad de Notre Dame; por otro, la gente que pasa y pasa bajo sus torres y que todavía no ha levantado sus ojos hacia sus torres... Pero estábamos en el Louvre: ahí verá a Jean Fouquet; a ¡Jean Malouel!; a la escuela de Avignon del siglo XV, con la Piedad de Villeneuve-les-Avignon; a Quentin Metsys, «El banquero y su hija o su mujer»; a Watteau; a ¡Chardin!, que fue una de mis primeras admiraciones; a Gericault, con la «Balsa de la Medusa»; a Manet, con «Olimpia»; a Van Gogh; al viejo Cézanne; a Degas; y a... a... Díganme, por favor: ¿por qué se detienen aquí los pintores? ¿Por qué, junto a los que acabo de citar, no está Picasso, no está Braque y Salvador Dalí y Chirico y los pintores del siglo XXI y los del siglo XXII y... ¡todos, todos!? ¿Por qué no están todos los POSITIVOS?.

Voy a contestar a esto: Es el afán, el error, de agrupar por épocas, por países, por todas esas divisiones que nosotros hacemos en la historia; en la historia que, viendo a los artistas unidos, cesa de ser un devenir y se transforma en un solo movimiento sin –¿me oyen?– SIN épocas, SIN momentos, SIN nacionalidades... porque es UN SOLO momento ¡eterno!.

Yo pienso: ¡siempre el «tiempo» mezclándose en todo...!

Bueno, Moroñenta mujer; bueno, mi querido François; ya estamos a 5 de junio. El «tiempo» se ha mezclado aquí mientras escribo a ustedes dos y los acompaño por sus grandes paseos. Van a saludar a la Mami y darle un gran abrazo a Veroca. (...) Ojalá me sigan escribiendo siempre. Su lindo pedacito de Sol de Italia lo recibí gustoso pero él se derritió en el frío tremebundo que hace aquí (...).

Ahora va un abrazo inmenso para ustedes dos de un,

que los adora.

Papo.—

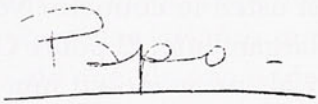
Quintrilpe,
Julio 22 de 1961 Nº39

La Muhó:

(...) El día 6 de este mes salimos a andar con Cuco, Clarisa y los Niños y fuimos a un cerro cercano que nada tiene de escarpado ni de tremebundo. Ya nos volvíamos; yo venía solo entre los niños y Clarisa por un senderito y, de pronto, me encontré tendido en el suelo. Clarisa me ayudó a levantarme y pude volver a las casas bastante machucado. Moroñenta, hoy estamos a 23 (...) y los machucones me siguen y me siguen hasta el punto que me es difícil moverme. Cuco me llevó a Vilcún el día 19, a ver un médico peruano muy simpático. Este me examinó y reexaminó y me encontró... ¡con la presión muy alta! Para ello me dio todo un tratamiento con unos remedios algo estrambóticos y peludos, como ser, «finifestomeliconsolradocunsupaletorimeicopalisaltepin...» (no voy a ponerle el nombre entero porque entonces ocuparía más de lo que esta página permite). Ahora tomo esos remedios y me siento cada vez un poquito PEOR que el momento anterior. Ya, prácticamente, no puedo caminar y me duele desde la coronilla hasta la planta de los pies. ¿Qué le parece, doña Moroña doña? Para consolarme un poco me asomo a la ventana y miro el paisaje. ¿Qué veo? Veo lluvia y lluvia y más lluvia y, a través de sus goterones, diviso unas sombras que parece son viejos árboles o siluetas de lejanas casitas acurrucadas bajo el agua. Y ahora me digo lo que le decía a usted, mi Moroña: ¡Esperar y seguir esperando!. Después me pregunto: ¿Esperar qué cosa?. Entonces una voz me contesta: Esperar que la naturaleza quiera arreglarse por sí sola y ¡no hay más!. En eso estoy, Moroñenta, hecho un perfecto inválido. Evoco a Chaplin y a Picasso y... la evoco a usted también, la evoco mucho, mucho. Así sanaremos, Moroña y veremos otros colores en torno nuestro. Cuando los vea, llame a Francois y muéstreselos; con sus paletas y sus pinceles que trate de reproducirlos;

una vez que lo haya hecho, que los lleve a la puerta de un sanatorio y ahí los ponga ¡para siempre! # Mucho he leído en este último tiempo; mejor dicho, mucho he releído. Me bastan muy pocos libros, pero que sean buenos libros. Ya sabrá usted a qué me refiero: Ouspensky, Guaita, Rodney Collin, Maurice Nicoll, Rudolf Steiner, Papus[56], etc. y etc. Entre uno y otro... una novela policial; de estas últimas estoy releyendo a Patrick Quentin, sus tan lindos «Enigmas». Y es todo. Y ahora, doña Moroña doña, pondré al final mi firma que lleva dentro todo, todo el amor sin límites que siento por usted, mi linda.

Suyo siempre



Quintrilpe,
Enero 20 de 1963 Nº 54

La Muhó:

No sé por qué le escribo, mi Moroñenta mujer; pero he tomado automaticamente este papel y ahora me hallo frente a la máquina de escribir enviándole a usted, mi Moroña, todo lo que se pueda y se vuelva poder enviar a una adorada gordota lejana. Tengo a mi lado su última carta, la de fecha 12 de diciembre. La releo y la contesto. (...) Ahora le voy a hablar un poco de mi libro que sigue y sigue creciendo; va en la página nº 5.083. La primera parte se llama: «Umbral», y la segunda: «Dintel». El total... no sé cómo llamarlo; es la continuación y los personajes son los mismos. Como usted ve, tanto Umbral como Dintel son partes de una puerta. He pensado llamarlo: «Bajo el Pórtico»

---

56 Papus Rosacruz es el seudónimo de Gerard Encausse, quien se unió a Stalisnas de Guaita para la fundación de la Orden Cabalística de la Rosa Cruz y llegó a ser Presidente del Primer Gran Consejo de la Orden Martinista. En 1889 fundó la revista *L'Initiation*, órgano oficial de la Orden de la Rosa Cruz.

pero no me gusta la palabra «pórtico» por tener acento en la letra «o»; también he pensado en llamarlo –simplemente «La Puerta». Y, doña Moroña, he pensado en usted para que me diga su opinión. ¿Oyó, mi linda?. Podría usted buscar una palabra (sin acento), una palabra corta y fácil y, entonces, así llamaríamos al libro. Sería muy lindo que usted, Moroñenta, encontrara el título; ¿no lo ve y no lo cree? La dejo, pues, corriendo tras ese título.

El otro día tuve una mala noticia que mucho me ha afectado: murió un gran amigo mío, el pintor Isaías Cabezón[57]; no sé si usted lo conoció. Nos veíamos muy a menudo y charlábamos largamente. El pobre Cabezuelas (como yo le decía) falleció solo y abandonado en una casa de pensión. Su cadáver fue hallado cuatro o cinco días después de su fallecimiento. Era espléndida persona y yo verdaderamente lo quería mucho, muchísimo. No hablemos más de él, Moroña y, en silencio, dejemos que siga y siga cumpliendo su destino.

Aquí en Quintrilpe pasaré hasta fines de febrero. Usted podría contestarme sea al fundo o sea a Viña del Mar. Cualquiera de estas direcciones es igual[58]. Soy un pájaro que vuela y vuela y que aún no tiene un sitio que poder llamar: ¡Mi casa! Es algo triste pero es así. Y ahora, para terminar, me derrito mandándole todo, todo el más formidable cariño que siente dentro de él por una Moroñenta y linda Moroña, este viejaño de su,

Pepo..

---

[57] Pintor chileno nacido en 1893. Ver *Una capitanía de pintores,* de Waldo Vila, pp. 135 a 141. Editorial del Pacífico S.A., 1966. Santiago, Chile. Asimismo, *Historia de la pintura chilena,* de Antonio Romera, pp. 144. Editorial Zig-Zag, Tercera edición. 1968, Santiago, Chile.

[58] Después del accidente que refiere en la carta precedente, y a raíz del clima húmedo y frío del sur de Chile, Emar pasaba temporadas en Viña del Mar, en casa de su cuñado y primo hermano Luis Fidel Yáñez Portaluppi.

Quintrilpe,
Febrero, 11 de 1963 Nº 56

La Muhó:

El día 9 recibí su carta, mi linda. Ayer medité mi respuesta y hoy se la envío llena, pletórica de cariños y de abrazos. Empezaré por decirle que: ni media palabra más; mi libro tendrá como título general: LA PUERTA. Es el que usted me aconseja y esto es bastante para que yo lo adopte. Y ahora conversemos un poco[59]:

(...) Moroña, ya quiero irme a Viña. Con el tío Pepe me avengo bien aunque poco conversamos. Pero dos viejaños que son: él cumplió 72 0 73 años; yo, los 69... ¿de qué, de qué podemos conversar? Nos basta con salir a andar, paso a paso, por las calles y tomarnos un jugo de zanahorias; después él se queda en su escritorio o salón y lee los diarios; yo, en mi pieza donde tengo mi escritorio y ahí sigo escribiendo; después comemos cosas muy sanas y... tuto gordo!

(...) Hablemos un poco de esa «casa» de la cual le hablé en una de mis cartas anteriores. Moroña: no es una CASA lo que a mi me hace falta; es sencillamente una pieza escritorio «definitiva» donde poder guardar todos mis papeles, clasificarlos debidamente y tenerlos a mano. En esa pieza yo me encerraría y viviría feliz. Me bastaría con que tuviese una sola puertecita. La gran PUERTA ya sabe usted donde se halla. En su construcción trabajo todo el tiempo; ella es mi vida y es todo. Hoy por hoy tengo cosas aquí en Quintrilpe; tengo también en Viña; tengo en todas partes y, en verdad, no sé dónde tengo tanta cosa. Pero mi PUERTA sigue muy arregladita; ni un solo papel se ha extraviado; ellos se amontonan y crecen cuanto pueden; yo, sobre

---

59 Ver *Biografía para una obra*, en obra citada, Primer Pilar, El Globo de Cristal, pp. XXVII.

ellos, con mis anteojos puestos y mi pluma fuente, mi lápiz y, sobre todo, mi máquina de escribir, trabajo y trabajo lo que un hombre puede trabajar.

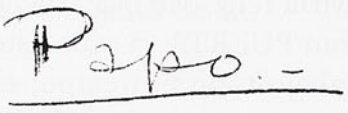
Ya sé muy bien, Moroña, lo que usted me dice del despego a cuanto nos rodea. Cada día progreso un poco más en este sentido. ¿La publicación de lo que escribo? No pienso jamás en ella. ¿Lo que se diría y lo que alegarían todos al leerme? Tampoco pienso pues yo tengo un muy diferente sentido del trabajo: el trabajo es de por sí y es totalmente ajeno a nosotros; uno lo que hace es ir acercándose a él y TRADUCIR lo que ve a su lado.

No, Moroñenta, no conozco el libro de Suzuki de que usted me habla. Por los que usted me mandó hace ya mucho tiempo, mucho me gustaría leer «Introducción al Zen»[60]. A propósito, Moroña: ¿Qué es de Lanza del Vasto? ¿Ha tenido usted nuevas relaciones con él? También mucho me gustaría si usted puede darme algunas noticias al respecto.

(...) Y... y... y... No veo más cosas que contarle, mi preciosa. Tome un inmenso abrazo, mayor que la distancia que separa Chile de Inglaterra[61], y repártalo entre toda la gente querida que hay allá (...) y déjese para usted el más grande y peludo que yo se lo envío con todo mi corazón derretido al escribirle a usted, mi Moroñenta Mujer.

Suyo, un

que la adora



---

60 Ver D. T. Suzuki, *Ensayos sobre el Budismo Zen,* cuya primera edición en inglés es de 1949.

61 Carmen estuvo viviendo más de dos años en Inglaterra.

Juan Emar abraza a Rebeca Yáñez, hija de su primo hermano y cuñado Luis Fidel Yáñez. Sentados Eliodoro Yáñez y Clarisa Arrieta junto a sus hijos Magdalena y Alvaro. Viña del Mar, Chile, 1962.

Viña del Mar,
Septiembre 13 de 1963 Nº 61

La Muhó:

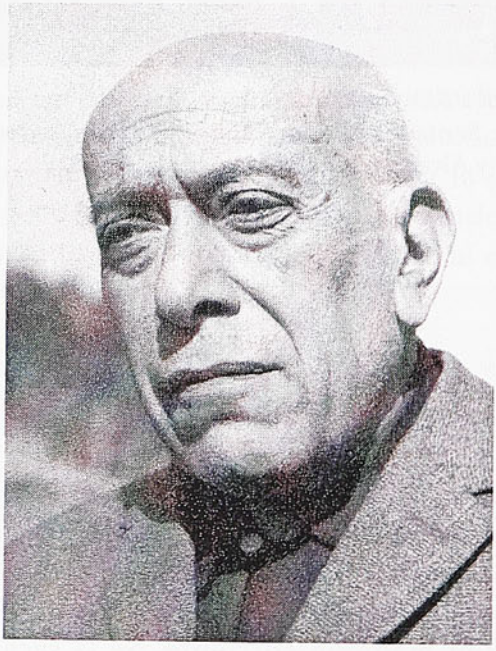
El día 7 recibí su carta de fecha 3 de septiembre (...) Vi por ella que usted ha recibido mi foto (...) ahora le voy a pedir, Moroñenta, que se haga sacar una foto, con un amigo o amiga cualquiera y con máquina corriente. Se la saca y me la envía. Aquí está el hueco esperando esa foto suya. No quiero irme de este mundo sin antes haberle dado un enorme beso y más peludo que todo, ¡que todo!

Moroña: ¿Por qué le escribo en este tono? Moroña: Porque estoy algo enfermo. No es cosa grave ni nada parecido pero es algo sumamente molesto y que me obliga a hacer todo despacito, como si fuera un viejaño eterno. Tengo muy hinchado la parte del cuello debajo de la oreja derecha[62].

(...) Moroña, mi cuello y mi hombro me piden que me meta a la cama. Estando en cama me siento mucho mejor. ¡Ya le escribiré largo, largo! Ahora abrace a la Mami, un gran abrazo de mi parte, y usted, mi tan querida Moroñenta, reciba cuanto se puede recibir de este Papo que sólo piensa en ¡usted!.

Su,

Papo.-



Juan Emar en 1963.

[62] Se detecta el cáncer al pulmón que lo llevará a la muerte.

Viña del Mar,
Septiembre 25 de 1963 Nº 63

La Muhó[63]:

Aquí le envío, m'hijita, unos artículos aparecidos en Zig-Zag con motivo de la muerte del que fue un gran amigo mío: Eduardo Barrios. Usted recordará que fue administrador de La Marquesa[64]. El pobre dejó de existir el día 13 de este mes, a la edad de 79 años.

Yo no pude asistir a sus funerales pues he seguido enfermo; tengo siempre esa hinchazón bajo la oreja derecha y que me toma el hombro y el brazo. Me están viendo en Valparaíso; el 27 ya, creo, algo me dirán. Le escribiré sin falta a usted.

No veo otras novedades. Vivo ahora con mi cara hinchada y con el recuerdo de Eduardo.

Siempre la recuerdo mucho, muchísimo, mi tan linda Moroña. ¡Escríbame, escríbame siempre! Y yo le mando el más peludo de todos los abrazos que es posible mandar.

¡Adios, m'hijita! ¡Salude a la Mami! Y no se olvide de pensar en este

que todo el tiempo....
¡¡La Adora!!

Pablo.—

---

63 Esta es la última carta que le escribió a Carmen, quien llegó a Chile seis meses antes de que Emar muriera, en abril de 1964.

64 «Ambos escritores están unidos por lazos familiares y de amistad, que sumados a la común pasión por la literatura, con «La Marquesa» será también empresarial. Eduardo Barrios ha sido nombrado administrador del fundo (...) y allí permanecerá por largas temporadas ...». Faride Zerán, «Gracia Barrios y la constante humana», en Gracia Barrios. Ser - Sur. Conarte Editores.1995. Santiago, Chile.

UNA CARTA

Una carta[1]

Santiago de Chile,
Octubre 13 de 1944

Señorita
Carmela Peralta
Carrizal 2
Mulchén

Mi muy estimada señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre recono-

---

[1] El siguiente texto fue publicado en la Revista Chilena de Literatura, Nº 58, 1998, bajo el título «Una Carta: Un relato inédito de Juan Emar. Estudio preliminar, edición y notas de David Wallace, Universidad de Chile». Para la presente edición se han corregido todos los errores sintácticos, ortográficos y dactilográficos del original, señalados en la edición anterior. Asimismo, se han respetado los subrayados del autor, eliminando las notas de D. Wallace al respecto. Por otra parte, se han mantenido algunas notas, dejando de lado aquellas que me parecieron más interpretativas o relacionadas con el estudio preliminar de la edición para la Revista Chilena de Literatura. La inclusión de *Una Carta* en *Cartas a Carmen* obedece, por una parte, a que se trata de un texto donde las referencias biográficas del autor tienen estrecha relación con varias personas que son nombradas en las cartas que le envió a su hija Carmen. Así, por ejemplo, es el caso del personaje femenino Lomba, quien no sólo nos recuerda a Tomba por la asimilación con el apelativo con que Emar llamaba a Alice de la Martiniére o Pèpéche sino, también, por la escena de la separación de ambos en el puerto de Marsella, descrita en su diario de vida, cuando éste vuelve a Chile. Igualmente sucede con la visita del protagonista al Cementerio General donde pasa por la tumba de sus padres, a cuyos costados, «rodeándolos, otros seres, ángeles acaso que nadie ha sabido para qué nacieron si tan pronto los mataron», en una clara alusión a sus hermanas y hermano muertos prematuramente. Y, por último, la referencia a sus cuantiosos viajes al viejo continente. Por otra parte, a través de *Una Carta* no sólo podemos conocer la rela-

cida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negarle a éste su servidor, Onofre Borneo. Debo anticiparle que si me verdadero nombre le causa a usted cierta extrañeza, ello se ha de deber a las pérfidas intenciones de nuestro común amigo, Mamerto Copola, que un día tuvo a mal trocarme el Borneo por Borgoño. Paso, pues, inclinado ante su benevolencia, a referirle la triste situación en que el destino ha querido colocarme, y a acercarme temeroso al servicio que líneas anteriores mencioné.

Es el caso, mi distinguida señorita, que todo mi corazón asimismo como mi sangre y mis huesos desean un coloquio, aunque corto pero sí muy verdadero, con una dama que ha trastornado y sigue trastornando el poco entendimiento que me queda. Pensé primeramente en dirigirme exclusivamente a usted, señorita Carmela, pero luego vino a mi memoria que la penosa *vía crucis* que la Providencia le ha impuesto, la obliga a gastar las doradas horas de su existencia en derramar sobre otros seres las cuerdas de su inefable guitarra para que ellos, los indignos, recojan las flores y los bienes que en justicia deberían llover sobre usted, carísima y respetada amiga.

Además recordé que mi maldita intemperancia y falta de educación me entorpecieron la mente a tal extremo que un día fatal llamé a su sorprendente clarividencia de usted «mentalidad de gallinácea», y una noche, que llena[2] de vergüenza, pre-

---

ción de dependencia que existe entre el narrador y la destinataria de *Umbral*, sino que, por primera y única vez, accedemos a una descripción de Guni.

Personaje de dos caras, ella desata el lirismo de Onofre Borneo y también sus temores más profundos, introduciéndolo en el mundo de los contrarios polares: masculino-femenino, tinieblas-luz. Esta relación se desarrollará más intensamente a lo largo de los primeros *Pilares* de *Umbral*. De esta manera, *Una Carta* adquiere una importancia fundamental para los lectores de Juan Emar.

Agradezco a David Wallace el haberme permitido contar con su trabajo.

[2] Llena por lleno. D. Wallace señala al respecto: «Ambiguo».

ferí públicamente su silencio a su armoniosa voz y a los profundos conceptos que siempre bullen en su intelecto.

Me temo, pues, que algún rencorcillo se albergue en su alma en contra de este incondicional servidor y reconozco que, si así es, tiene usted toda la razón para no echar sobre sus fatigados hombros una tarea que le encomendara personaje tan ruin como el que firma estas líneas. Me limito, por lo tanto, a rogarle –como ruega el rocío a la flor, como ruega el limón a la ostra, como ruega el vagón a la humeante y humosa locomotora– que sólo me sirva de intermediaria ante una amiga de usted y que así sea esta amiga la que haga la dura labor que lleva en su final, en su punto, mi dicha o mi desdicha, mi vida o mi pronto fallecimiento y sepelio.

Señorita Carmela: humildemente le pido que pase por alto aquello de la gallinácea y del silencio, y guíe su bondadoso corazón hacia el recuerdo del cariño que por usted experimento así como también del que me inspira su noble señora madre de usted, y de la nunca desmentida amistad que he profesado por su sabio y dentífrico hermano Viterbo[3] como a la vez por su cantante esposa, la dulce y sutil Cornejo. Perdone, pues, señorita Carmela, las malandanzas de este vil firmante de la presente y escuche su lamento que es doloroso como el del can azotado, como el del ave sin alas, como el del sombrero sin cabeza en que posarse.

¡Ah, mi deliciosa amiga! ¡Ah, cuánto he sufrido! Oiga el relato de este pecho sanguinolento:

Nací feliz pero muy feo. La felicidad que me rodeaba tenía la forma de dos alas inmensas que me envolvían y acariciaban con sus plumas blancas. Crecían de un andrógino vestido de oro y azul y que llamaban Arcángel. (Le adelantaré que luego fue ocurriendo un fenómeno singular: con el tiempo el Arcángel fue empequeñeciéndose e inmovilizándose hasta quedar

---

[3] Viterbo Papudo, personaje de *Umbral*.

reducido al tamaño de una litografía cualquiera; entonces alguien lo pegó en cartón, le puso marco y lo colgó en la pared).

Mi rostro tenía la apariencia de un macaco. Con el tiempo, mientras el Arcángel empequeñecía –¡oh, no vaya usted, distinguida amiga, a creer que echo aquí mano a un símbolo trivial queriendo expresar que era mi felicidad la que empequeñecía. No. Era el Arcángel, no más. Bien, le decía a usted que, mientras aquel fenómeno acaecía, mi rostro mejoraba. Pasando por todas las etapas del simio en demanda de la belleza, mi rostro mejoraba. Trepando por ellas logré adquirir el rostro del orangután que es, como bien usted lo sabe, el que ostento tanto de día como de noche, esté lloviendo o brille el sol.

Quise viajar. Cuando vi en el atlas el caro suelo que nos miró nacer, lo vi tan angosto y apretado que sentí ahogarme. Quise entonces respirar, ampliar mis pulmones y, al quererlo, la garganta se me dilató. Y el pecho y las costillas ¡tanto, tanto! que mi piel, estirada como la de un tambor, sonoramente tembló y, al temblar, el esternón –hueso hasta ahora mudo– tremoló con una vibración interna que clavado me dejó de estupor.

A mis padres les pedí permiso y dinero. Me los dieron. Fueron siempre muy buenos. Sucedía esto en las auroras de nuestro siglo; eran buenas las gentes de esas auroras. Visité muchos países. Si parecía que la tierra entera fuese puros países y más países. Pero, pero... Aquí ya se avecina la dificultad que me hace dirigirme a su nunca desmentida benevolencia, amiga mía, y que me hace enredarme con esta pluma como si fuera de cordel y se me enroscara en los tobillos. Hagamos un esfuerzo, de todos modos.

Yo viajaba, pero no viajaba, señorita Carmela. Porque podía estar en París o en Madrid o en Roma o en Nueva York... Era el caso de que siempre estaba en mí mismo, siempre encerrado por las costillas, la piel y el esternón. Yo quería viajar; ¡veamos si me hago entender! –viajar para afuera, no, espere, hacer viajar todo, todo lo que hay dentro de las costillas, explayarlo, proyectarlo en todos los sentidos, en la multiplicación de los puntos cardinales. Norte, Sur, Este, Oeste... era poco. Para arriba, para

abajo también. Y vaya usted o yo a saber por qué razón «para abajo» me atraía más que «para arriba».

Oso suplicarle su grata recordación de mi alejamiento del lado simbólico de estas líneas. Si digo «abajo» es tal vez porque soy de contextura agachada. Al ser así miro con facilidad el camino que voy pisando y con dificultad el celeste azul que lo cubre. Y uno, señorita, empieza a encariñarse con lo que ve a menudo y sobre todo si lo pisa. ¡Es tan rico pisar, pisotear, señorita Carmela! Hay mucho a quienes esto no gusta. Es que hay gustos para todos. A mí, sí. Por eso me gustan las marchas y, en las señoritas que me han atado, me han gustado los pies, y, por este gusto, también los dos pilarcitos de seda que los sostienen y los mueven. ¡Si hasta los suyos de usted me han gustado! No pase por su esclarecido cerebro que puede esto del «hasta» encerrar un menosprecio ante sus múltiples cualidades de estatua. Pero como nunca ha habido tentación entre nosotros dos... creí bien exclamar con un «hasta» para hacerle a usted claro, claro como el agua cuando es clara, lo que esas extremidades femeninas llegan a clavar en el lacerado corazón de éste su servidor de usted.

Pero si esto no es nada todavía. Piense que también las patitas de las pingüinas me arrebatan. Y aunque parezca inverosímil, las de las frutas además. Amo las perfumadas patitas de las ciruelas; amo las sabrosas patitas de las chirimoyas. Y si así amo las de las chirimoyas y ciruelas, ¡imagínese cuánto y con qué locura he de amar las embriagadoras, las subyugadoras patitas de las peras!

Igual cosa le puedo repetir ahora dejando de lado el reino animal y al vegetal, y volviendo al reino humano que tan benévolo se ha mostrado al recibirnos en su seno. Si hasta las suyas de usted, señorita Carmela, me han gustado ¡imagínese cuánto y con qué locura...! *Pero mi profesor de escritura me dijo siempre que no había que alterar el orden del relato.* Así es que tenga la bondad de aumentar aún un poquito su paciencia.

¿En qué íbamos? ¿Patitas? ¡Ah, sí! Era por el asunto de lo que se va pisando. Ya recuerdo.

Un día, un día cualquiera, era de noche. Yo marchaba pisoteando con un amigo también cualquiera que a su vez pisoteaba, pues ni él ni yo habíamos descubierto la manera de marchar de otro modo. Mi amigo, indicando el suelo, me dijo de pronto:

–Allá abajo, al centro, está el fuego. Dicen que es el Infierno. (Se rió). Aquí, bajo nuestros zapatos, están cociendo a los pecadores y calentando al rojo a las pecadoras. (Se puso serio). Sería estupendo abrir un hoyito y mirar la gran cocina.

–Y mejor –le contesté– hacer un viajecito hasta ella. Y nos reímos tanto que en un momento después ingeríamos sendos whiskys para ahogar nuestras risas.

¡Claro, pues, carísima amiga! ¡Ahí estaba la cosa! ¿Hasta cuándo resbalar por la superficie de la cosa y no penetrar en la cosa? Si por afuera, créamelo, es más o menos siempre la misma historia. ¡Adentro estaba la cosa! Prueba de ello: todos los piesecitos –sean de señoritas, de pingüinas o de peras– están dirigidos hacia bajo.

Me puse a averiguar por mil partes las posibilidades de un viajecito a los Infiernos. Ya, más o menos orientado, hablé con papá. Él tenía el permiso necesario para dejarme partir y, sobre todo, el dinero. Le dije:

–Papá, quiero viajar una vez más.

–¿Una vez más? –me preguntó tratando de llenarse de severidad; pero yo vi que en el fondo sonreía–. ¿París nuevamente?

–No. Quiero ir al Infierno.

Quedó mudo de estupor.

–¿Estás loco?

–No. ¿Por qué?

–Nadie, que yo sepa...

–¿Y el Dante? ¿Recuerdas, papá, esos dos grandes libros con ilustraciones de Doré?[57]

Allí quiero ir, a las del tomo I.

–Veo que no estás en tus cabales, hijo.

–Tú, papá, me regalaste un libro de Edgar Allan Poe. Poe

también fue. Y Baudelaire también fue. ¿Por qué no he de ir yo? Y también fueron...

–Insisto en que no estás en tus cabales. La vida es otra cosa.

Calló largo rato. Al fin me dijo:

–Vuelve a tus cabales, hijo. ¡Toma!

Y me alargó un rollo de billetes y un pasaporte para París.

–Queridísima amiga Carmela... París, ¡una vez más! ¡Oh! Aquello no es, por cierto, el inmenso, el inimaginable Infierno de mis sueños, esas torturas, esos huesos quebrándose y crujiendo por eternidades, esos pecadores, ¡esas pecadoras!, retorciéndose en espasmos de dolor. Nada de eso. Pero en fin, señorita Peralta, ¡qué quiere usted! París es siempre París.

Llegué, pues. Una sola idea revoloteaba y zumbaba en mi cráneo; una sola sensación podía sentir. La sensación: ¡uuh! A cada rato me mordía los talones. Por la nuca, por todas partes. Veía mi soñada destinación en cada esquina. En los cabarés, por cierto y a ellos iba casi noche a noche. Pero lo más curioso era que también en el *Louvre*[4], en muchas de sus telas que sería aburrido mencionar aquí. Y no sólo en las telas: en los rincones fríos de piedra. Oiga, distinguida amiga: en el olor de las piedras. ¡Qué olor tan sabroso! ¡A mí con perfumes! Y oiga más: ¿sabe dónde era –no, no exageremos–, casi era mi soñado viaje? Señorita: en *Notre Dame*[5]. Sus vidrieras... A mí no me viene usted ni nadie a contar que eso es celestial. ¡Añagazas! ¡si lo sabré yo!

Bueno, amiga Peralta, basta por lo que a sensación se refiere. Vamos a la idea:

Oiga: Fíjese, señorita, que cada país pone ciertas condiciones para dejar entrar a los forasteros, y éstas cambian de país a país. Lo mismo es para los Infiernos. Allí, condición *sine qua*

---

4 Antiguo palacio real de París comenzado en 1204, en el reinado de Felipe Augusto, y continuado por otros monarcas franceses hasta su terminación en tiempos de Napoleón III. Actualmente es uno de los museos más importantes de Francia.

5 Nuestra Señora de París: Catedral gótica.

non, es que no entra nadie, pero nadie si no va acompañado y tiene que ir acompañado, y condición *sine qua non* también, con un ser de otro –usted perdonará la palabra– sexo. Usted, por ejemplo, tendría que ir con un masculino; yo, con una femenina. Creo que a cualquiera se le ocurriría cuál fue la idea que me revoloteaba allá en París, encontrar a la femenina.

Ahí estaba yo una noche en un cabaré tomando una fría *fine a l'eau.* De repente miré a mi lado y vi a una niñita que me miró. Nos miramos entonces. Era rubia y con ojitos de agua. ¡Qué lindos y grandes dientes tenía! Ya le expliqué, amiga, mi gusto por las ciruelas y peras, ¿se acuerda? Un resbalón de la mirada, de los dientecitos al suelo. ¡Qué cosa maravillosa, señorita mía! Tanto, que le dije:

–Bon soir, mademoiselle.

–Bon soir, monsieur.

Cualquiera dirá que ése es un diálogo idiota. ¡No! Eso fue el comienzo, no más. Siguió la cosa... Yo no sé escribir de eso ni nadie sabe. Pero usted lo habrá sentido alguna vez así es que ¿para qué más palabrería?

Me dijo que se llamaba Lomba[6] Le contesté que bueno. Y cuando yo le dije que me llamaba Ono (abreviación de Onofre, usted comprende) me contestó también que bueno. ¿Qué le parece? Lomba-Ono, Ono-Lomba, Lomba-Ono... Se puede repetir hasta el infinito.

Y empezaron los preparativos para los Infiernos. ¡Qué contenta estaba la linda! Y yo, ¡para qué decirle!

Una tarde, en mi departamento, me dijo poniendo unos ojitos llenos de malicia:

–Oye, Ono, es verdad que ya somos dos y de sexos diferentes y que tenemos pasaportes y dinero. Pero así como al ir a un país cuyo idioma y costumbres se ignoran conviene practicar un poco antes de partir, ¿no crees que en este caso es lo mismo?

---

6 Emar le decía a Alice de la Martiniére o Pèpéche, Tomba.

–Por cierto–, exclamé.

Era mi Lomba una mujercita con mucho sentido práctico.

–Entonces –añadió– ¡a la obra!

Supiera usted lo que hizo... Disculpe, mi señorita, porque lo que se avecina no es propiamente muy cristiano y sé que usted profesa gran respeto por lo que manda nuestra Santa Madre Iglesia. Señorita mía, mi Lomba me desnudó. Y esto no es nada. En mi departamento había una especie de columna. Pues vea, señorita mía, en ese especie de columna me amarró. Y con un pañuelo me tapó la boca, asunto de que no gritara yo e incomodara a los vecinos. Y me dejó libres los ojos y los oídos. Entonces se acercó, bien cerca, lo más que se puede pero sin nada pecaminoso, se lo puedo asegurar. La piel no más. Piel con piel hasta que las dos pieles echaran electricidad y magnetismo. Entonces, señorita, retrocediendo lentamente y empinada en dos altos taconcitos que la transformaban en ágil gacela de montes y tiempos lúbricos, me silbó así:

–¡Ono! ¡Ono! Me voy, me voy. No me importa que tu piel esté pegada a la mía y tu garganta también. Te las arrancaré, piel, garganta, cejas, pestañas, uñas... ¿Te gusta? ¿No mucho todavía? ¡Ah, ya sé por qué no mucho todavía! Porque temes que yendo sola por las calles alguien me asalte, me robe o me mate. ¡Qué tonto eres, Ono! ¿Cómo crees que no he tomado mis precauciones? ¡Mira! ¡Oye!

Se dio vuelta para el zaguán y, alegre como una pilluela, gritó:

–*Bonjour, mon chéri.*

Creerá usted, Carmelita, una voz ronca le contestó tras la puerta:

–*Bonjour, ma chérie.*

Oígame: yo estoy seguro de que nadie había detrás. Si ella misma dijo que era algo como ensayo, algo así como para ver qué sucedía. Yo estoy seguro de que ella era de esas personas que hablan, ¿cómo se llaman? Ventrílocuos. Y hacía todo eso así como le dije, para ver no más.

¿Y si fuera cierto? Piense que la distancia que nos separaba bien sería de unos seis o siete metros. ¿Se da cuenta? Seis o siete metros con la piel, la garganta, las cejas, las uñas, ¡las pestañas estiradas, tiradas y sin zafarse de mis pobres nervios!

Entonces se apoyó en la jamba de la puerta que unía la sala en que yo me hallaba atado y el zaguán. Se afirmó. Se inclinó hacia fuera. Iba desapareciendo de mi vista. Desapareció casi completamente. Digo «casi» porque quedó siempre ante mi vista su piesecito izquierdo. Tiene que haberse inclinado sobre el derecho, pues aquél se levantó por el aire describiendo un medio círculo. Ahora lo veía de perfil, agudo, punzante, sosteniendo unas sedas tirantes que brillaban hasta cegar.

¿Qué hacía todo el resto de mi Lomba tras el muro? Lo oí clara, nítidamente, señorita Peralta: ¡besaba! Y de pronto, desapareció todo. Silencio. Así le explico yo a usted, diciendo «silencio». Claro que era silencio. Pero se oía en él, se oía cuanto humanos oídos pueden oír, a pesar de que no había ni un solo ruido. Después de un rato sí hubo uno. Dos, mejor dicho. Uno más alto, otro más bajo; uno primero, el otro siguiéndolo. Se quejaban allá atrás.

Reapareció.

Sus ojitos estaban vagos; su respiración jadeante; su melena, revuelta.

Me sacó la lengua.

Se acercó lentamente y me desató. Me ordenó que me vistiera. Me vestí.

Sonó el teléfono.

¡Oh, mi noble y siempre estimada amiga del alma! En aquel fatal momento nació mi horror por los teléfonos[7]. En este momento y por ese horror ha llegado ahora el momento de que me perdone usted por haber preferido sus labios cerrados a sus

---

7 Ver «Noviembre 1º», en *Un Año*.

labios entreabiertos y emitiendo poderosas sentencias. Por ese horror también sepulté aquello de la gallinácea. Pues no hemos de olvidar que cada vez que yo le pedía una entrevista, usted respondía:

–Bueno. Entonces llámeme por teléfono...

¿Qué otra cosa pudo erguirse en mi concepto respecto a usted?

Pero sigamos con nuestra historia.

Cogí el auricular.

–Aló.

–¿El señor Onofre Borneo?

–Sí.

–No se retire. Chile llama.

¿Chile? ¿Chile llamando a París? ¿Ha visto cosa más extraña? Era Chile. Era una voz, al parecer, de un anciano. Luego, una voz de niño. Luego, otra de mujer. Luego, una imperativa. Luego, otra suplicante. En fin, amiga, todo Chile. Y todas las voces decían lo mismo:

–Es indispensable que regrese usted cuanto antes a la Patria. París no es tanto como se dice. En cambio aquí el clima es estupendo y se guisan unos porotos como en ninguna otra tierra del planeta. Regrese, regrese usted.

¡Pobre Lomba! ¡Grande y magnífica mujer! Se lo anuncié. ¡Qué diablos! El clima tiene también su importancia; los porotos son tan, pero tan nutritivos. Además uno es débil, uno nació débil, uno no nació con fuerza en las agallas. ¡Qué diablos! Y el clima cuenta en la vida de un sujeto. Y los porotos, ¡para qué decir!

Me embarqué.

Me embarqué en Marsella. Era un barco lento. Tardó treinta y cuatro días en llegar a Valparaíso. Lloré treinta y cuatro días y treinta y cuatro noches. Supe después que igual tiempo lloró ella en los muelles de Marsella contemplando las chimeneas y los palos de los buques.

Llegué. Poco a poco me fui habituando con todo. Al fin

aseguré a quien quiso oírme que el clima es lo principal y los porotos lo mejor.

Ya seguro de mi nueva vida quise divertirme un poco. Fui a un baile de fantasía. No sé cómo pero fue el caso de que súbitamente yo bailaba con ella. Porque aquí apareció una nueva ella.

Me dijo que se llamaba Prascovia. ¡Mentira! No era rusa. Era chilena. Yo entonces dije que bueno y la llamé Prascovia. Luego le aseguré que mi nombre era Perpiñán. Como no hizo objeción alguna, seguimos bailando.

Yo tuve aquella noche la idea de disfrazarme de cocodrilo; ella, de alcachofa.

Un cocodrilo y una alcachofa tal vez no pegan muy bien. ¡Mentira! Fue admirable, estupendo. ¡Pobre Lomba! Prascovia tomó su sitio y... ¡¡a los preparativos!!

Pero esta vez yo tenía cierta experiencia. No me ató. Yo la até. Y representamos la grandiosa, la sin igual, la formidable escena que abre las puertas de los Infiernos.

Querrá usted saber –y ello es muy justo– qué pasa tras un muro cuando hay una víctima atada a una columna. Yo pensaba simular porque estaba cierto de que la otra, allá en París había simulado. Mas ¿puede uno estar cierto en semejante clase de experimentos? No, ¿no es cierto? Además yo no soy ventrílocuo. Entonces, por si acaso, rogué a una niña, antigua y benévola amiga mía. Se prestó graciosa a jugar su rol, pues –como yo ya conocía los hábitos y las costumbres de este país– le regalé antes un disco de fonógrafo y después, una caja de chocolates confitados.

Prascovia y Perpiñán partieron una gris mañana otoñal, por el tren de la estación

Mapocho, en demanda de nuestro puerto principal para embarcar en el S.S. Chimpancé, al mando del Honorable capitán, Sir Archibald Plum Pudding. ¿Rumbo? Ya lo sabe usted. Escalas: Iquique y Callao. Y... virar, virar... Y.. ¡¡los Infiernos!!

Un pitazo y el tren partió. Gris, gris por todas partes. Estábamos tristes. Pero Satán nos oyó. En Tiltil brilló el sol.

Prascovia se puso dichosa. Yo también. Reíamos, nos abrazábamos.

–¡Nunca más volver! –exclamaba.

–¡Nunca más! –le aseguraba yo.

Pero fue el caso que por Limache noté como una vaga sombra pasar por sus ojos. Nada le dije –ya calculará usted.

En Valparaíso vi que había temblado al ver al S.S. Chimpancé junto al muelle.

–¿Se podrá hundir? –me preguntó.

–Estás loca, Prascovia. Hoy día los barcos no se hunden.

–¿Y la neblina?

–Hoy día, niña, ya no hay neblina.

–Nos embarcamos.

Iquique:

Queridísima amiga, Prascovia se sintió muy mal. Montes y montes y más montes de arena, de arena, nada más que arena. Usted, queridísima amiga, que conoce nuestros fértiles campos de la zona central, del valle central, de cielo tan azul como verde y frondosa es su tierra, podrá sentir –tanto por la realidad como por su afinidad femenina– lo que el corazón de mi Prascovia sintió al no encontrar más que arenas y arenas y arenas en montes y montes y más montes.

–Prascovia –le decía yo–, es tu Perpiñán quien te habla. ¿Qué te importa esto? El barco zarpará pronto y vendrán otros panoramas.

Sonreía con una indulgencia conmovedora. Decía:

–Sí, tal vez. Pero añoro ese encantador momento entre Tiltil y Limache. ¡Tiltil! ¡Limache! Perpiñán, ¿no volveremos a vivirlo?

-Sí, hija, sí. Ése y otros son mejores. No te olvides que, al final, están los Infiernos.

Respondía:

–Es verdad.

Callábamos.

Mas ya no era la misma. *Ya el encanto se había esfumado.* Con

su claro entendimiento de usted, amiga o señorita –que ya no sé cuál ha de ser el título exacto–, comprenderá que yo empecé a temer a ese puerto del Callao como a una verdadera maldición.

Fuimos a tierra. Fuimos a Lima. Yo miraba por todos lados. No había rincón que no me ofrendara una belleza o un interés. Prascovia decaía, amiga mía, como decae la nieve de esta cordillera nuestra cuando la primavera se entromete, como decae cualquier ser que cae o simplemente decae o cae.

Suena una sirena.

–¡Vamos, Prascovia, embarquémonos!

Señorita Carmela: Prascovia cayó en mis brazos llorando a lágrima viva. Entre sus sollozos decía:

–¡No, no, no! Yo quiero aquel momento feliz cuando salió el sol, Perpiñán. ¿Recuerdas cuando salió el sol, Perpiñán? Era entre Tiltil y Limache. Volvamos. Será entonces entre Limache y Tiltil. Y podremos recomenzar: Tiltil –Limache y Limache– Tiltil y Til...

–Niña, Prascovia mía, ¿y si un día no sale el sol junto con llegar el tren a Limache o a Tiltil?

–No sé, no sé. Pero allá están mi papacito y mi mamacita y mi tía y mi sobrino. Y aquí, hasta pronuncian ya de otro modo. ¿Qué irá a ser más lejos?

–¡Los Infiernos, Prascovia!

–Quiero volverme.

Amiga Carmela, Prascovia se volvió. Y yo pensé que, bueno, no todo ha de salir a partir de un confite. Me senté en la cubierta mirando cómo se alejaban las blancas casitas de La Punta.

El primer balanceo del S.S. Chimpancé me volvió a la realidad. El S.S. Chimpancé viraba, viraba, viraba, podría repetir mil veces «viraba» y viraba como sólo los barcos que van a los Infiernos viran.

¿Se da cuenta, Carmelita, se da cuenta? Primera condición para desembarcar es ser dos. Yo era uno. Las olas se agigantan. Imagínese que tenían todas ellas penachos blancos. ¿Hase visto?

Me resolví a visitar al Honorable Plum-Pudding. Le expli-

qué mi caso. Contrariamente a lo que yo temía, me explicó con muchos términos náuticos, que he olvidado, que a su destino podía llegar de cualquier manera y por cualquier ruta.

–Capitán –osé insinuar–, si en tan dilatado trayecto acaso el barco tocase en... en donde fuese, pero en fin, aquí en la superficie...

–Justamente –respondió–. Iremos antes a Brest[8]. Necesito comprar allí un par de zapatillas de caucho.

–¡Alabado sea el Señor!– exclamé con toda la potencia de mis pulmones, olvidando que mi destinación primera había sido el reino de Satanás.

Brest.

Es decir una vez más París.

¡Lomba! ¡Lomba! «¿Dónde estás, Señora mía, que no te duele mi mal?».

París... París... ¿Dónde estás?

Señorita Peralta: estaba en Niza.

Para Niza me fui.

–Esta vez no, no, cientos de veces no; no nos separaremos. ¡A los Infiernos, mujer sublime, mujer, mujer! Que el Honorable Plum-Pudding ya se haya marchado... ¡Nada! Aparecerá un Honorable Corn Flakes con su S.S. Gorila o Guanaco o lo que sea. ¡Tú adorable y celestial criatura, tú la que en columnas amarras, tú la de ojitos de agua, tú!

Ella lloraba, amiga mía.

Yo también.

Y empezamos los preparativos.

Otra vez Marsella. Pero esta vez no para separarnos sino para unirnos. El barco, inmenso. Era el S.S. Camaleón. Sobre su puente, el Honorable Corn Flakes. Mi Lomba y yo llorábamos. Jesús! ¡Cuántas veces hemos llorado mi Lomba y yo!

---

[8] Brest, ciudad de Francia; puerto militar en el Atlántico. Escuela naval, Astillero.

Un sirenazo ronco y aterciopelado. Un sirenazo largo.

Un momento inefable, amiga Carmela. Esto que viene es muy grave: el sirenazo, en su final llevaba un estampido. Amiga Carmela: ¡Estampido!

Voló nuestro barco. Voló Marsella. Voló medio mundo.

–¿Qué pasa, Dios mío, qué pasa? –alcancé a preguntar.

–C'est la guerre[9].

Volé yo también.

Por última vez en la vida la vi a ella, mi linda Lomba. Volaba. Pasaba veloz de una nube a otra nube. Llevaba unas patitas agudas y perforantes. Sobre ellas, hasta regiones de perdón total, de redención temblante, corrían sedas, sedas de carne, de mar, de... de ¡todo, amiga Peralta!

Y vino el desorden, el «¡sálvese quien pueda!». Fui atropellado, pisoteado y ¡qué sé yo!

(Yo que amaba tanto pisotear...).

Un barco, otro barco, trataba de zarpar.

–¡Cógete a él! –me gritó una voz.

–¡Salva tu pellejo! –me gritó otra voz.

Señorita; no sé cómo un día me hallaba a bordo de un buque que se iba. Los cañonazos quedaban atrás. El océano se extendía hacia adelante. ¡Buena cosa! Allí se comía y bastante bien. Tenía una cama. Amiga Carmela, no había de qué quejarse.

Hasta que pude centrarme en el buen equilibrio de mis propias facultades.

El mar era terso. El cielo límpido. Casi me sentí seguro y feliz, cuando una interrogación me acometió como acometen las aves de picada y los escorpiones voladores:

«¿Y adónde va este barco?».

Hice de tripas corazón y, sabiendo que se trataba de un barco francés, me atrevía a dirigirme al Comandante.

---

[9] En el original, al margen, una fecha: 1939. Inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Era un hombre afable. Tenía bigotes. Después de varias, muchas frases sobre mil cosas, le pregunté:

–Pardon, Commandant, et ou allons-nous?

Me miró asombrado y jovial. Profirió casi riendo:

–Mais... Au Chili!!

Era cierto. Otra vez al «Chilí».

Empecé a conocer gente. ¡Cuánta gente había ahora en nuestra ciudad! Me aseguraron algunos que frisaba su población en el millón. No lo sé. Pero a juzgar por lo que cuesta aquí encontrarse –y qué decir reunirse con la gente– yo creo que pasan de diez millones. Esto ha sido una de las causas de mi desdichado destino. Ya lo verá usted. Mas no adelantemos nada.

Empecé a conocer gente y la conocí a usted, distinguida señorita, Carmela Peralta. Usted tuvo a bien presentarme a su amiga Guni[10].

Guni... ¡Qué dulce nombre! ¡Nombre con pétalos de azucena floreciendo en arreboles crepusculares cuajados de pajarillas que trinan cánticos de alabanza a los ámbares y alabastros dispersos en las bondades de nuestra tierra!

Gu-ni... ¡Atroz nombre chino! ¡Nombre arrancado de las páginas del *Jardín de los Suplicios*[11], de las cárceles y panópticos del planeta entero, nombre gemelo al nombre fatídico de Sing-Sing![12]

Ya lo verá usted. Mas no adelantemos nada.

Perdóneme, Carmelita, que le anticipe una oscuridad que ensombrece mi mente. Sé que son ustedes muy buenas amigas. Nunca he podido saber por qué. ¡Qué misterios tiene la amistad! Ella tan suave, tan queda, deslizándose siempre bajo los dinteles como una sombra se deslizaría; usted tan dinámica, tan

---

10 En el original, al margen, una fecha: 1940. El 23 de diciembre de 1940, Alvaro Yáñez anota en su diario de vida: «¡Qué felicidad! ¡Qué paz! Nace Guni».

11 Novela de Octave Mirbeau, publicada en 1899.

12 Famosa cárcel norteamericana.

sonora, sin esperar jamás, para ir de una habitación a otra, que se presente la puerta, pues los muros los atraviesa con derrumbe y estrépito de terremotos. Ella tan amante de los fantásticos cuentos de todas las Miles de Noches románticas o suprarrealistas que haya habido desde que noches hay; usted tan refractaria a la tinta como el pez a los tejados, usted tan positiva en su vivir como positiva es la pica acerada que se hiende en el morrillo del toro enfurecido. Ella murmurando siempre: «Que Dios lo guarde»; usted profiriendo siempre: «Llámeme por teléfono». Ella ignorando desde su primer día e ignorándolo hasta su último que ruedan por este mundo un metal que se llama oro y otro que se llama plata; usted tallada como la piedra en perfecta *femme d'affaires* que hace estremecerse a la Bolsa de Comercio con todos sus habitantes dentro. Ella agradeciendo con una leve sonrisa del corazón al acompañante nocturno que ha sabido cerrar las rejas de su morada sin perturbar el merecido sueño de sus deudos; usted admirando, como Goering admira a Hitler, al acompañante ruidoso que choca y rechoca sus rejas de usted despertando los embravecidos canes de la comarca que a su vez despiertan a sus deudos que en calma y santamente dormían. ¡Oh, mi querida amiga! ¡Qué misterios tiene la amistad!

En fin, no me toca a mí entrometerme en sus amistades de usted ni tampoco en las de su queridísima amiga. Déjeme tan sólo decirle que le agradezco desde lo más profundo de mi ser la presentación que me hizo de tan adorable personita. *Pasé largos años escribiendo cuentos para ella, yo, señorita, que ya creía haber dejado la pluma para siempre.*

Y aquí, amiga Carmela, empieza una historia más. Perdón.

Guni tiene un fundo.

El fundo de Guni tiene tres características: a) su alumbrado es exclusivamente con velas; las hay de todos tamaños, formas y colores; las enciende todas simultáneamente; es algo fantástico; b) hay en él una avenida de naranjos, de naranjos grandes y frondosos como abedules; la avenida parece no tener fin, al

menos así lo afirman allí, agregando que nadie ha osado recorrerla más allá de algunas cuadras; c) se llama el fundo Curichaqui; ningún lingüista ha logrado descifrar su etimología; algunos prueban que «curi» es en araucano «negro»; pero ante el «chaqui» vacilan; y ante la conjunción de ambos huyen como ratas, no sé por qué.

Guni me invitó una vez a Curichaqui. Lindos fueron los cinco primeros días. Llevaba yo una maleta llena de cuentos. Leíamos, reíamos, cantábamos, nos asomábamos a la avenida de los Naranjos y, sin atrevernos a penetrar en ella, hacíamos alegres conjeturas sobre los misterios que podría albergar. Mirábamos la luna. Jugábamos con el sol. Oíamos el torvo ruido del río vecino revolcándose por entre las piedras. Visitábamos a los amigos de fundos cercanos. Matábamos moscas y zancudos. ¡Qué lindos días!

El sexto día la cosa cambió.

Llegaron visitas. No sé cuántas serían. A mí me parecieron más de mil. Presentaciones. ¡Jesús santo, conocer más gente todavía! Yo no quería conocer más. Hice lo que siempre hago en tales casos: saludar exagerando la venia de modo que mis ojos, al caer, no registren la imagen del presentado. Éste no se percata de nada.

–Don Fulano.

–Doña Sutana.

–Don Mengano.

–Doña Perengana.

¡Qué sé yo! Ni imágenes ni nombres, nada registré.

De pronto una mano se juntó con la mía. Una mano. ¡Una mano! ¡¡Una mano!!

Cambió mi destino por una mano. Carmelita, amiga mía: cambió la Tierra, cambiaron los astros. Fue el viraje absoluto y definitivo. Del maicillo con hormigas en que automáticamente se clavaban en cada saludo, mis ojos se levantaron de un golpe, instantáneos. Y cayeron en otros ojos.

En ese momento preciso falleció, carísima Carmela, éste su

servidor de usted, Onofre Borneo. O vaya alguien a saber si acaso en ese momento preciso vino al mundo éste su siempre servidor de usted del mismo nombre.

Oiga, amiga Peralta:

Nuevamente, ahora que le escribo, se me presenta el dilema de su amistad de usted con Guni. No lo descifro. Recuerdo que cada vez que quería usted ofenderme o simplemente mofarse de mí (siempre hemos estado con pullas más, pullas menos, lo que no es, por cierto, descrédito alguno a la amistad que nos une) recurrí a usted a su expresión guerrera y me la expelía sin piedad:

–¡Literato!

¡Qué contraste con Guni! Guni, cada vez que sentía cariño, que sentía apego y benevolencia por mi humilde persona, me susurraba:

–Cuánto me gusta que seas literato...

Vino esto a mi memoria porque creo tener pruebas fehacientes para demostrar que, si en verdad soy literato –puesto que escribo–, no se me puede tomar en el necio y hasta denigrante sentido que suele tener este vocablo. No voy a referirme a la ética de ésta mi profesión. No quiero, ni asomos a metafísicas de ninguna especie. Voy a referirme a mi actitud ante la vida, es decir, ante esos ojos que me clavaron haciéndome nacer o morir. Oiga bien:

Un literato, en el sentido despreciativo o sarcástico en que usted lo toma, ¿ante qué ojos se habría sentido clavado? ¡Lo sabemos, lo sabemos!

Ojos negros, inmensos, profundos como cráteres abismales, ojos de desesperación, de noches desesperadas, ojos de carbones y ébanos infinito... ¿No es verdad?

Ojos azules y celestiales, ojos que abiertos dormían amalgamando y desintegrando todas las lunas de las innumerables constelaciones, ojos de azur de las nebulosas, ojos transparentes y sin fin y por eso terribles cual ningunos... ¿No es verdad?

Ojos verdes, acuáticos, ojos de alga, algas, de peces y mon-

truoso crustáceos, ojos que en su mirar de Maelstro[13] tragáis hasta la eternidad las naves enamoradas que se arriesgan a cruzaros, ojos de hojas, ojos de pérfida sirena... ¿No es verdad?

Y aquella mano que me hizo temblar y levantar los vulgares ojos míos, ¿no debió ser con dedos de marfil, palma de ópalo, dorso de madreperla, uñas de coral?

Buena y querida amiga, ¡nada de eso! Frente a mí, dos ojos como son todos los ojos, ni negros ni azules ni verdes, ojos algo negros, algo azules, algo verdes, algo marrones si usted quiere, como los de la niña A, o la niña B o C. Ojos, nada más. Ni grandes ni pequeños! Algo almendrados, ligeramente orientales. Es todo. ¿Puede usted clasificarme entre la fauna literatoida? No, amiga, no lo puede. ¿Y aquella mano? ¡Nada de marfiles ni ópalos ni madreperla ni corales! Una mano pequeñita, suave, bien cuidada, como la de toda niña fina que el título de «fina niña» merezca. Pero nada más. Entonces, ¿yo literatón? No, amiga. Cuando quiera ruborizarme o zaherirme, lánceme otro epíteto más acertado.

Bueno; estábamos en que allí estaba yo clavado. Quería desprenderme. Inútil era todo intento. Quería retroceder. Me sentía ligado, atado. ¿Hasta cuándo, santo Dios, he de atar o ser atado? ¡Verbo horrible ese verbo «atar» que perturba mis días, mis noches, mis mañanas, mis tardes, mis desayunos, almuerzos, meriendas, comidas y cenas!

Y ahora no hacían falta columnas. No hacían falta ni cuerdas ni cadenas. Arrimado al aire del jardín, era yo atado por su mirada. Pegado a la atmósfera matinal era yo atado por mil serpientes invisibles que me ahogaban paralizándome, serpientes impalpables que por millares acudían de sus ojos, esos ojos como los de cualquiera niña fina, niña que merezca tal título, llámese A o B o C.

De pronto miró hacia otro lado y yo me desprendí. Sentí

---

[13] Según la mitología nórdica, gran remolino de agua.

entonces la sensación de un hombre que hubiese querido retroceder haciendo el máximo de su esfuerzo pero que un gran elástico lo hubiese tenido prisionero. Súbitamente el elástico se rompe y el hombre cae de espaldas lanzado hacia atrás por su propia fuerza.

Ella miró para otros lados y yo, yéndome a tropezones hacia atrás, vine a azotar en una mesa cubierta de golosinas y bebidas. Aquello sonó, por cierto, pues, además de pasteles y fiambres que rodaron, en los ladrillos del corredor vinieron a quebrarse cuatro copas de cóctel. Aquello sonó. Los no sé cuántos invitados se volvieron. Rieron a grandes mandibulazos. Me creyeron borracho. ¡Oh, los miserables! ¡Si hubiesen siquiera sospechado la terrible verdad!

En fin, la cosa pasó.

Corrí entonces adonde Guni, nuestra común amiga. Corrí. Fingiendo indiferencia e indicando con disimulo a la terrible criatura, le pregunté:

–¿Quién es esa dama?

Me respondió:

–Tártara Tigre.

(Déme, amiga un descanso. Déjeme tomar aire. Estoy temblante. Comprenda: si infinitas veces he pronunciado y formulado ese nombre, esta es la primera vez que lo escribo. Lo escribiré por segunda vez. Aquí va: Tártara Tigre. Por piedad, déjeme serenarme.)

Ya me siento sereno. Sigamos.

Aperitivos. Copioso almuerzo. Algunas horas de quemante sol que ni yo ni nadie recuerda en qué se emplearon. Usted sabe: esas horas perezosas y con zumbidos de insectos de los campos en verano. Luego, tras los primeros contrafuertes andinos, empezó a asomarse la tarde.

La gente de Curichaqui se distribuyó y se dispersó en grupos. Unos salieron a caminar; otros organizaron una partida de *bridge*; otros se dirigieron a la cocina; otros empezaron a jugar a las bolitas o al trompo.

Tártara Tigre vino a mí. Me propuso:

–¿Quiere usted que salgamos a caballo?

Respondí:

–Acepto.

–¿Por la avenida de los Naranjos?

–Acepto.

–¿Hasta el final?

–Acepto.

–¿Hasta donde nadie se ha atrevido a llegar?

–Acepto.

–¡En marcha, entonces! –exclamó.

–En marcha –repetí como un eco.

Salimos.

Atrás quedó Curichaqui y el mundo entero.

Ella montaba un caballo mulato, el Despiporren; yo, una yegua alazana, la Repanocha.

Nos internamos por entre los gigantescos naranjos que perfumaban el aire con el perturbador aroma de la flor del abedul y que, al mecerse a impulsos de la brisa, lanzaban un lamento semejante al de mil bandurrias afinadas en la nota del misterio y del horror, del peligro y del amor.

Avanzábamos.

De cuando en cuando aquellos acordes forestales recibían su respuesta: relinchaba el Despiporren. Seguíamos y el concierto seguía. Entonces relinchaba la Repanocha.

Avanzábamos. Seguíamos.

Aquí, queridísima, inefable amiga, debo callar. Daré un solo toque más sobre el paisaje, y otro solo toque sobre los personajes. Luego pasaremos a mi fatal destino, a mi cruenta suerte.

¡Oh, esos naranjos con aromas de abedules, con acordes de bandurrias tajeados por relinchos de corcel! ¡Oh, floresta y orquesta hipógrifos altaneros!

Imagínese Carmelita, que, a medida que sobre nuestras cabalgaduras avanzábamos, los árboles se iban cerrando tras nosotros, formando y elevando un alto e impenetrable muro de

verdes y de notas. Verdes tupidos, notas apretadas nos iban aislando del resto de los humanos, dejándonos solos, con nuestras únicas fuerzas, para afrontar lo que Tierra y Soles quisieran fraguar, lo que Cielos e Infiernos concibieran en sus recónditos designios. Y por encima de nuestras cabezas, como el arco empenachado de una ola[14] inmensa que nunca nos alcanzara, avanzaba con nosotros, también enarcada, temblante y susurrante, otra ola de ramas, hojas y dorados frutos.

Justo a la hora de marcha esta ola singular dejó escapar una enorme bandada de grullas multicolores que, con un lento, lentísimo batir de alas, se posó por encima de nosotros, cubrió y tapó el cielo ya crepuscular, y acompañó el arrogante paso de nuestros vivientes vehículos. ¡Asombrosa, maravillosa, portentosa cosa!

Ahora, al toque sobre los personajes, Tártara Tigre, y éste su mísero servidor de usted, Onofre Borneo.

Desmontamos tras otra hora de marcha. Dejamos a nuestras cabalgaduras en libertad. Empezaron ambas a nutrirse de esos dorados frutos. En un momento la Repanocha se comió una grulla; luego el Despiporren, una bandurria.

De pronto Tártara Tigre, de pie, altiva, alzó el brazo derecho recto hacia el cielo. Junto con alzarlo, su traje de amazona se rasgó a lo largo de la manga alzada, por el costado, de arriba abajo, hasta el césped. Se rasgó y se abrió dejando, como entre dos cortinas negras, una raya, una senda de su piel desnuda, la piel de su brazo derecho, del costado derecho de su torso, de su cadera, de su pierna, de su pie.

Quedé mudo de embeleso contemplando.

Entonces vi, cual un rayo en la noche tempestuosa, correr, fina, aguda, de abajo hacia arriba, del pie a la mano en el aire, una línea escarlata. Y esta línea, a su vez, empezó a entreabrirse. Eran dos largos, altos labios, labios de su cuerpo total, rajados

---

[14] Ver «Septiembre 1º», en *Un Año*.

a la diestra de aquella insigne mujer.

Se entreabrían, sí, replegándose enroscados, volteándose al separarse. Aquella ranura viviente entonces me mostró la carne de mi Tártara Tigre, sus venas, sus finísimos nervios, su sangre, sus músculos, sus tejidos todos, todas sus membranas y ocultas mucosas, todo palpitando, latiendo y sin que ni una gota de nada, absolutamente de nada, se desprendiera y se profanara en la tierra que ella, ¡Ella!, pisaba.

Mi embeleso no tuvo límites.

Tártara Tigre me ordenó:

–Ponte aquí, a mi lado y de frente, como yo.

Obedecí.

–Alza tu brazo izquierdo hasta que tu mano se junte con la mía, allí en lo alto.

Obedecí.

Y sentí como mi traje, en el costado izquierdo; mi bota izquierda en su costado exterior; toda mi ropa frente a la sangre de ella se rasgaba desde la bocamanga hasta el suelo.

Luego una aguda y veloz sensación, no sé si dolorosa o placentera, corrió de lo bajo a lo alto de mi cuerpo. Imaginé ser el arañazo de un bisturí de plata llevando en su punta una esquirla de vidrio y otra esquirla de cocaína.

Se abrió mi piel hacia ambos lados. Quedó una rasgadura de mi cuerpo vivo a la intemperie. En ella vibraron las banduRrias; en ella se reflejaron ramas, hojas, frutos; en ella golpearon los relinchos de ambos corceles; en ella vino a morir la brisa que las lentas plumas de las grullas provocaban, grullas ahora inmóviles aunque de alas batientes en el aire que nos cubría.

–Júntate, pégate a mí!– ordenó.

Obedecí.

Distinguidísima amiga, ya di el toque sobre ambos personajes. Debo callar. Esto no cabe en letras posibles. Después, y sólo como síntesis, como aproximación, pensé, al venir a mi memoria los habitantes de Curichaqui, de Santiago y del resto del globo terráqueo, pensé, digo:

–¡Infelices personajes! ¡Desgraciados! ¡Pobres de espíritu y cuerpo ¡Malaventurados seres que pasan por la vida convencidos de que es por sexo, nada más que por el sexo, la realización total de las carnes vibrantes! ¡Desdichados y limitados personajes!

Dejemos pasar un rato, amiga Carmela.

Ahora viene otra historia, lamentable historia que lleva en su extremo, como el bisturí de plata lleva sus esquirlas, la desesperación de su lacerado servidor de usted.

Carmela Peralta, ¡Carmela Peralta! ¡¡Carmela Peralta!!

Pocos días después, o al día siguiente, o muchos –¿qué puedo precisar en medio del alboroto de mis pasiones?–, en fin, cierto día...

¡¡Tártara Tigre fue alevosamente asesinada!!

Silencio.

Llénese, amiga, de negros crespones.

Oremos de hinojos por el eterno descanso de su alma sin par.

Fue un crimen asqueroso. Fue una mancha para la humanidad entera. Fue un escupitajo para nuestra calidad de hombres. Usted no lo va a creer. Usted va a rebelarse indignada. Porque ello no es posible, no es posible, no. Y sin embargo, fue posible. Prueba de ello es que Ella ya no es.

Fue el crimen –ya se lo dije– alevoso, calculado, medido, frío, helado, glacial, el del cero absoluto, cuando cesa toda vibración, cuando hasta el último electrón, el último ion son también asesinados en aras del inmortal recuerdo de Ella la única, Ella la excepción que, como tal, comprueba la regla de armonía cósmica, Ella por ser excepción, Ella confirmación del Cosmos, Ella, mi Tártara Tigre!

–¡Exagerado! -grita usted- ¡Literato!

No, amiguita mía, no. Si usted no conoce aún los pormenores. Conózcalos primero. Luego se formará una opinión serena y certera. Luego me encontrará razón y derramará piedad sobre mí.

Amiga mía, ¡amiga mía!, ¡¡amiga mía!!

¡¡*Tártara Tigre fue asesinada por Guni*!!

Es horrible, es espantoso, es abominable, es execrable. ¡Si lo sabré yo!

Amiga Peralta..., no hay nada que hacer. No hay caso.

Todo lo hicieron, lo premeditaron, lo pesaron tan bien, Guni y su cómplice, que nada, nada, nada... ¿Hasta cuándo, Dios mío, quiere que escriba esa maldita palabra de «nada»? En fin... que nada hay que hacer. No hay caso.

Porque Guni tuvo una cómplice. Creo que se nombraba Cornelia o Carlota o Corina o Consuelo o Crisanta o Carpeta o Camelia o Corola o Cuncuna o..., no recuerdo, y se apellidaba Rupanco o Renaico o Ruinoso o Rizoto o Ruibarbo... Bueno, no se trata de ella. Así es que sigamos.

Usted, mi venerable amiga, podrá alegarme que, puesto que sé que de crimen –y alevoso y asqueroso, por añadidura– se trató, cómo no me he presentado ante la justicia a pedir que la fiel e inexorable balanza se incline en contra de las dos amigicidas del acto aborrecible.

Le otorgo ese alegato. Hay jueces en este mundo. Lo sé. Pero no olvide lo que a continuación paso a explicarle:

Usted, señorita Peralta, habrá oído decir mil veces que el libro tal o el artículo cual, no hay que leerlos en líneas, que hay que leerlos *entrelíneas*. Un significado diferente, un significado más profundo, el significado verdadero que encerraba el libro o el artículo se va entonces revelando. Igual ante los jueces pero... con una pequeñita diferencia: hay jueces, mas por desventura mía, no hay intersticios entre ellos que permitan la existencia de *entrejueces*. Es ésta mi maldición.

Los jueces, señorita, se apoyan en los códigos. Los códigos regentan y dictaminan sobre *hechos*. Tienen los jueces toda la razón de proceder así, apoyados sobre los códigos. Si no, ¿sobre qué se apoyarían? Y en la vida hay que estar apoyado, respaldado como yo lo estuve por una columna cuando Lomba me ató, como lo estuvo Prascovia, también por una columna, cuando yo

la até, como volví a estarlo yo cuando atado fui por Tártara Tigre al oxígeno y nitrógeno del jardín de Curichaqui.

¿Quisiera usted que se apoyaran sobre la Justicia en sí, la Justicia así con mayúscula? Nadie sobre ella –repito: con mayúscula– se ha atrevido a hablar desde que el mundo es mundo. ¿Por qué exigírselo a los jueces? En justicia, no sería justo pedir tal cosa para que justicia administrasen. Y en este planeta debe todo el mundo tratar de ser justo, aunque no exento de peligro se esté de caer por el declive de lo justo, en un justiciero, que es, justamente, lo que yo, su servidor de usted, Onofre Borneo, jamás haría ni en el Palacio de Justicia ni fuera de él.

Bien; me presentaría ante los jueces a denunciar. ¿A denunciar qué? Ya se lo he dicho: todos los hechos fueron tan admirablemente combinados, por Guni y la tal Carpeta o Corola Rizoto, que ni Sherlok Holmes[15] ni Philo Vance[16] ni el Padre Brown[17] ni Hércules Poirot[18], ni todos, podrían desmontarlos. Ellas entonces, Guni y la Cuncuna Ruibarbo, podrían acusarme de calumnia. Porque no hay entrejueces, amiga mía, no los hay.

No hay, sobre esta Tierra, ese jurado que ve más allá de las espléndidas combinaciones que los hechos escuetos permiten. No hay ese jurado que, más que tomar el pulso al hecho, lo toma, lo tomaría, a las silenciosas y tremendas procesiones que nos corren por dentro. No lo hay. Y yo, ya sufro bastante, créamelo, con todo este drama para que a él se le agregue el verme arrastrado por dos gendarmes a los tribunales primero, a la cárcel después, por la despreciable culpa de la calumnia.

Y sería calumnia en contra de dos damas... No. No lo resisto ahora ni lo resistiré jamás. Me callo.

Resignado estoy a seguir meditando, conjeturando qué pue-

---

15 Famoso detective, protagonista de una serie de novelas de Arthur Conan Doyle.

16 Personaje de S.S. Van Dine.

17 Personaje de G.K. Chesterton.

18 Personaje de Agatha Cristie.

de inducir a la otra para ser cómplice y a Guni ejecutora de acto tan nauseabundo. ¿Qué?

¿Acaso sospecharon aquello de la avenida de los Naranjos? Tal sospecha, ¿determinó en ellas un rencor ancestral? ¿O simplemente hizo primar en sus deleznables sesos el reconocimiento de una educación cargada de prejuicios y cortapisas? Tal vez. Tal vez lo uno, tal vez lo otro. Tal vez ambas cosas. No lo sé. Pero de ahí a matar, a asesinar... ¡Qué infamia! ¡Qué suceso que aún ningún idioma ha encontrado palabra para designar y castigar!

Es que no hay, amiga, sobre la Tierra entrejueces...

La mataron. La asesinaron.

Tártara Tigre partió de este mundo.

Tártara Tigre ya no es de este mundo.

Tártara Tigre yace sepultada en nuestro primer camposanto.

Pasó bajo su inmenso dintel.

Los sepultureros, arrastrándola, pisotearon con sus suelas embarradas su *grandioso umbral.*

Un sacerdote desconocido, sin atreverse a acompañarla hasta el fin, desde fuera rezó:

Ancha es la puerta, pasajera, ¡avanza!
Y ante el misterio de la tumba advierte
Cómo guardan el sueño de la muerte
La fe, la caridad y la esperanza.

Risible, irónica bufonada, irónica hasta hacernos exclamar a los que aún quedamos trotando por estas calles:

–¡Ya no sé si llorar o reír!

TÁRTARA TIGRE
R.I.P.

Desde entonces, lentamente, amiga mía, he ido día a día al cementerio. Allí duermen tantos amigos. Allí están mi padres.

Llego al sepulcro de ellos. Quedo inmóvil. A mi derecha está él, mi padre. A mi izquierda ella, mi madre. Rodeándolos, otros seres, ángeles acaso que nadie ha sabido para qué nacieron si tan pronto los mataron. En algunos rincones, algunos nichos vacíos. Uno de ellos será el mío. Después de decírmelo, de verificarlo una vez más, lentamente también, me alejo, me voy.

Llego entonces a la tumba de Tártara Tigre. Miro. No entiendo a las gentes ni el polvo en que pisan.

Con igual lentitud tomo un jazmín que he llevado conmigo. Lo dejo caer sobre su losa. Dura allí apenas unos segundos. Luego empieza a desintegrarse, a evaporarse. Desaparece. No es más.

Por eso nunca, nunca habrá una flor sobre la tumba de la malograda Tártara Tigre.

Amiga mía:

Cierto día todo cambió. ¡Otro cambio! ¿Hasta cuándo? Cambió.

Rehice en el cementerio mi triste peregrinación. Ya la conoce usted. Cayó el jazmín. Era un jazmín más blanco que todas las nieves que han caído sobre nuestra cordillera.

Allí quedó sobre la losa. Uno de sus pétalos se desprendió y se inclinó sobre la última letra de la última de las tres palabras que expresan mi deseo para su alma: *Pace.*

Amiga mía:

Ese jazmín, el de ese día, no se volatizó. Quedó. Quedó como cualquier flor que usted arroje sobre cualquier sitio. Y no sólo quedó sino que empezó a teñirse.

Algo de color de rosa, sí. Ahora el rosa subía, predominaba. Era rojo. Rojo de sangre. Rojo de labios largos, largos entreabriéndose. Rojo de carne de ella. Rojo de carne mía.

Desapareció entonces como los demás. Mas no desintegrándose.

Tártara Tigre, desde su ataúd, lo chupó.

Escapé como un loco. Había que escapar hasta encontrar a

mi vez la muerte. Porque escapar era encontrar otra vez la vida, la vida inmensa de los naranjos, las aves, los acordes, el bisturí de plata.

¡Ella había muerto!

¡¡Pues con los muertos entonces!!

Lo supe:

Ella,

Tártara Tigre,

...me aguardaba en su ataúd, no para descansar en paz sino para recomenzar nuestro viaje eterno, nuestro viaje inefable, más allá del prejuicio de ser vivo o muerto. Que cuando las pieles y las venas y los nervios se han mezclado... ¡al diablo, a buena parte lo que aun vosotros, seres terrenos e inmundos, gusanos, larvas mediocres, seguís lucubrando temerosos sobre si don Fulano está vivo o no, sobre si doña Zutana murió o vive aún!

Corrí, corrí.

Llegué a mi escritorio.

Acabo de llegar.

Tengo que escribirle a usted para pedirle un servicio.

La inmensidad de esta ciudad de más de diez millones me ha impedido encontrar alguien que vaya a su tierra de usted y fuese mi portavoz. Por eso le dije que tanta población era también causa de mi infortunio.

Permítame que le escriba.

Permítamelo... ¡¡por piedad!!

Santiago de Chile,
Octubre 13 de 1944.

Señorita
Carmela Peralta.
Cárrizal 2.
Mulchén.

Mi muy estimada señorita:

La presente tiene por objeto dirigirme a la siempre reconocida magnanimidad de usted para implorarle un servicio que creo no ha de negarle a éste su servidor, Onofre Borneo.

Conocida ya por su clara mente mi triste historia, me atrevo a acercarme de rodillas a sus hermosos y diminutos pies, para pedirle, con toda suavidad del cordero que sacrifican, que tenga usted a bien llegar hasta donde nuestra apreciada y común amiga Guni, a fin de rogarle en mi nombre que interceda frente a las calamidades que me asaltan.

Dígale usted que se digne dar su beneplácito para poder hacer yo con mi vida cuanto mi vida me pide hacer conmigo.

Dígale usted que todas las reglas de urbanidad las acataré sin reserva si el permiso que demando se me otorga. Dígale que, manso, me someteré a las leyes de la temperancia por estrictas que ellas sean. Dígale asimismo que seré el fiel practicante de las máximas del ahorro que el buen sentido aconseja. Dígale que, como los esclavos de antaño, pasando bajo el yugo de sus vencedores, pasaré yo bajo todos los yugos que el estado civil y las leyes de la República me impongan.

Dígale, por fin, que si antes de permitir quiere probar, iré a la prueba sin temblar ni siquiera vacilar.

Dígale que haré el servicio militar, si me lo pide. Dígale que seré bombero, si tal es su antojo. Dígale que aceptaré paseos en automóvil. Dígale que ofrendaré flores a mis amigas y a las suyas en los días onomásticos. Dígale que me presentaré de candidato a regidor por cualquier comuna si ello

se requiere para alcanzar mi anhelo.

Dígale que jamás testa alguna de hombre se ha inclinado con más noble respeto ante noble dama, ante regina existente.

Dígale que jamás los Cielos han escuchado súplica más vehemente, más desgarradora que ésta que osa lanzarle a ella, Guni, este hambriento y sediento de vida o de muerte, ¡que es lo mismo!

Dígale... Si la hace escucha-a-a-ar,

Dígale... Con toda su vo-o-o-oz,

Dígale... Que estoy medio muerto-o-o,

Dígale... Que muerto perdi-i-i-do...

Y bajo, muy bajo, quedamente agréguele que no me causa pavor la necrópolis que a Tártara Tigre encierra; que no me arredra su ataúd.

Por el contrario. Alzando de más en más su melodiosa voz de usted, distinguidísima Peralta, cuéntele mi extraño sino. Cuéntele que hoy día mi lengua, antes tan rica en giros y vocablos, ha perdido todos sus giros y sólo conserva su vocablo.

¡Alce aquí la voz, amiga mía!

¡Grítele mi vocablo único!

–¡¡Necrofilia!!

Y ahora, con voz más suave pero persuasiva, convéncela, o al menos trate de convencerla, de que hay en mí una certeza imperativa. Convéncela de que Sé.

¿Qué?

Sé que levantando la losa y rompiendo las tablas y plomos de Tártara Tigre; que alargándome a su lado derecho; que juntando a él mi costado izquierdo; sé que el milagro de la avenida de los Naranjos volverá a realizarse.

¡Sé, amiga, que será la Resurrección!

Porque mi sangre hará revivir la suya yerta y mis nervios comunicarán su vibración a los suyos dormidos. Y al despertar la inmensa mujer de su sueño, despertaré yo a mi vez de entre todos los achaques, despertaremos ambos por encima de todas las vigilias.

Así sé, Carmelita, así sé.

Claro que mi sapiencia no basta para inculcar fe en usted.

–¿Y si no es como él cree?- usted preguntará.

Bien; por benevolencia, mas no por convicción, voy a acceder a su duda.

Si así no fuese, amiga mía, así como yo sé, moriría yo allí, en su tumba, en su sarcófago.

Moriría yo en el único sitio posible para que mis males y faltas quedasen por los siglos redimidos.

Carmela Peralta: Sería bastante...

Por fin, comprendo la interrogación que ha sentado plaza en su esclarecido cerebro de usted:

–¿Y qué tengo yo que hacer ante todo esto, y qué Guni que fue, a la postre, la asesina?

Muy justa la interrogación. Responderé:

Señorita Peralta:

1º Usted lo que tiene que hacer –¡si bien le place por supuesto!; ¿osaría yo jamás acercarme siquiera a los deslindes de una orden?– es servir de intermediaria entre Guni y yo, justamente porque ella es la asesina y, compréndalo, no sé qué reacción pueda ante su presencia experimentar éste mi corazón de enamorado;

2º Se trata de un permiso, de una autorización. Usted, como persona de no desmentida cordura, podría extenderla y firmarla. Pero, ya se lo dije en las primeras líneas de esta carta, conozco el derramar de su guitarra y conozco todo cuanto tiempo consume todo derrame, sobre todo cuando proviene de una guitarra, y guitarra inefable por añadidura. Esto, respecto a sus labores. Respecto a mi prudencia, recuerde lo de la intemperancia mía, la gallinácea y demás;

3º Quiero recurrir a Guni. No sé si es propiamente querer. Algo, una fuerza implacable, fuerza de cavernas milenarias, me impulsa a recurrir a Guni. *Poca y ligera fue nuestra mutua relación. Sí. Pero fue, no olvide, con cuentos, historietas, misivas, es decir, fue con letra.* Y yo, quiéralo o no, quiéralo usted o no, quiéralo el

mundo entero o no, soy un hombre *de letras*. El apego que con Guni se creó fue mayor que el por mí sospechado;

4º Fue esa fiera de Sing-Sing la asesina. Es verdad. ¡Oh, dulce amiga, qué de recónditos designios existen! Fue asesina, fue, por lo tanto, manchada en y regada por sangre. ¿Y qué sangre? La de ella, Ella, Tártara Tigre, la única. Las demás sangres sirven para hacer vivir. La de Ella es viva. Es vida. La única. Guni empapó sus manos en esa sangre, hundió su cerebro y sus instintos en esa sangre. Amiga, recuerde ahora aquello del final de la avenida de los Naranjos. Trace la analogía. Entre Guni y yo hay un lazo oscuro y hondo que la sangre y las fibras de Tártara Tigre sólo pueden descifrar y culminarlo.

¡Así se tejen los destinos de las alianzas humanas!

–La cómplice...– acaso piense usted.

No. Una cómplice, como un cómplice, es cómplice y nada más. Es la persona que aparentemente se allega como segura servidora pero que tiene sus líneas trazadas hacia otros fines, fines muy diferentes a los fines que lleva el acto en que ella es cómplice. Si así no fuese, cometería ella misma el crimen. Se apoya en él, se hace acompañar de sus ventajas. Pero bien se guarda de mojar sus manos en sangre alguna. Ayuda a arreglar las circunstancias, estudia con olfato minucioso las coartadas, enreda a la policía, embrolla a los detectives, amanceba desamancebando, hurta retribuyendo. En fin, decora, corre y descorre cortinajes, levanta y baja telones, charla con el consueta, distrae al que está en la taquilla, embriaga al barítono, embelesa a la soprano, sorprende al director de orquesta, los despista a todos, a nadie deja sin su correspondiente felonía.

Mas, a mí nada de esto me interesa ni me sirve. Yo quiero a los verdaderos actores, los que ya llevan, sellados en sus labios hasta la eternidad, el sabor a sangre y sangre de ella mi adorada, mi radiante, mi grandiosa, mi excelsa y sublime Tártara Tigre.

Guni ya lleva sellados, hasta la eternidad, sus labios con la sangre única de Tártara Tigre.

Por el recuerdo de Guni, amiga Carmela, por la estimación

que sentí ante su ya manchada vida inocente de muchachita amante de los cuentos fantásticos, por su candor consumido, le pido, Carmela amiga, que encienda, ante su retrato, dos grandes cirios y los deje arder hasta su desaparición total. Que yo aquí haré otro tanto, haré más: encenderé siete cirios y lloraré frente a ellos hasta que [...][19] tras los picachos andinos.

Quiero que Guni me otorgue el permiso para entrar, de una vez y para siempre, en los Reinos Sagrados de la Sagrada Necrofilia.

Quiero extender ante ella el pasaporte completo de mi vida y que ella sobre él estampe su visado.

Quiero que ella, l*a niña aquella que con gozo y sin malicia oyó abismada como un nene los al parecer para ella tremebundos relatos míos*, quiero que ella, esa niña, me apruebe, bien en el fondo, en el último paso que he de dar, el paso hacia la muerte, para resucitar en la vida con mi Tártara Tigre, su víctima.

Quiero de ella, Guni, la absolución de mi pasado y la bendición ante el gran paso.

Quiero ir sin miedos, sin titubeos, sin recuerdos, sin pasado.

Sé que sólo Guni puede, con su mágica varilla de la que fue su virtud y su inocencia, borrar mis miedos, mis titubeos, mis recuerdos, mi pasado.

Sé que con su sonrisa asequible tendré la fuerza para decidir mi grande aunque temible destino.

Sé que si Guni no me escucha o me niega, la tumba de Tártara Tigre, sé que me quedará para siempre cerrada y que yo entonces no tendré más finalidad que rodar y rodar, que buscar otra muerte, hasta que la muerte muerta prematuramente llamada.

Amiga mía, amiga Carmelita Peralta, ¡interceda, por piedad, interceda!

---

[19] Fragmento borrado, ininteligible en el original.

Usted puede hacerlo y espero que lo haga. No eche en olvido, a pesar de gallináceas e intemperancias mías, que siempre he mantenido una amistad honorable frente a usted, que siempre he conservado un respetuoso cariño por su noble señora madre, que siempre he guardado afecto sincero por su sabio y dentífrico hermano Viterbo, que siempre mis oídos han estado alertas ante los cantos de su cantante esposa, la dulce y sutil Cornejo.

En espera, pues, de tantas y tan anheladas cosas, permítale, señorita Peralta, a éste su fiel y seguro servidor, reiterar su incondicional amistad por usted y humildemente inclinarse ante su persona, rogando al Sumo Hacedor que vele por su salud y por su eterno bienestar.

Se descubre ante su gracia y su donaire,

ONOFRE BORNEO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
15 JUN 1999
DEPOSITO LEGAL
SECC. CHILENA

TÍTULOS DE ESTA SERIE

- **DEL MONASTERIO AL MUNDO**
  Correspondencia entre Ernesto Cardenal y Thomas Merton (1959-1968). Edición y traducción Santiago Daydí Tolson

Cuando Juan Emar volvió a Chile en 1957, desde Cannes, su última residencia en Europa, acababa de cumplir 63 años y había decidido abandonar definitivamente "el mundo y sus pompas vanas". Se instaló en Quintrilpe, al interior de Temuco, y se dedicó exclusivamente a la escritura de *Umbral*, obra que inició formalmente en 1942 y que abandonó el día de su muerte, en abril de 1964.

Las cartas del presente volumen corresponden a la relación epistolar que mantuvo con su hija Carmen, desde Quintrilpe a Francia, durante sus últimos ocho años de vida, cuando escribir era como respirar.

Cartas donde le habla de los avances de *Umbral* y de los personajes que pueblan la gran obra, de sus autores de siempre, y de las nuevas lecturas que descubre en las soledades cordilleranas, de la familia que lo rodea y de los que están distantes y, sobre todo, del gozo de la escritura.

Cartas a Carmen es un libro esencial para interiorizarse y conocer la cosmogonía de Juan Emar.

9 789562 601450